



EL
CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA

MINISTERIO DE EDUCACIÓN

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — Tomo XXX.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 26. — N° 755.

SUMARIO.

Estudios literarios : El Taso. — Poesia. — El emperador Alejandro en la Exposicion universal; grabado. — El emperador Alejandro recibiendo a SS. MM. en el baile de la embajada de Rusia; grabado. — Banquete dado a Sus Majestades el emperador de Rusia y el rey de Prusia; grabado. — Revista de Paris. — Magnetismo musical. — Exposicion universal de 1867. — Aspecto del teatro de la Opera en la noche de la funcion dada en honor de S. M. el emperador de Rusia; grabado. — Revista de la moda. — Las consejas de Schiraz. — La fiesta del Hotel de Villa; grabado. — Los jóvenes compositores Perry; grabado. — Araña de estilo griego en la Exposicion universal; grabado. — Oliverio. — Exposicion universal; grabado.

Estudios literarios.

EL TASO.

(Conclusion.)

Mostróse el Taso tan comedido en su apologia como descompasados estuvieron los contrarios en su embesitada, y se esmeró ante todo en cohonestar el *Amadis*, derramando algunas flores sobre el túmulo de su autor. « En cuanto mis antagonistas han escrito, dice, lo que

mas me llega al alma es su desacato con mi padre, pues le voy muy en zaga en todo género de poesia, y nunca consentiré que se le injurie : es desairarlo el posponerlo á quien quiera, y sobre todo el anteponerle, como lo han hecho, el Pulci y el Boyardo, pues les sobrepuja en tanto grado, que no cabia el pronunciar mas descocadamente un juicio mas equivocado. » Tras esto, va el Taso contestando por partes á todas las criticas de la Crusca, sin que asome una voz que denote amor propio. Se explica muy reservadamente sobre el Ariosto, profesándole siempre sumo acatamiento. Habia antes rechazado el voto del sobrino de aquel poeta, Horacio Ariosto, quien,



Llegada de S. M. el rey de Prusia á Tullerias.

á impulsos de imparcialidad, habia encumbrado al autor de la *Jerusalén* á la cima del Parnaso. « Esos laureles con que me estais brindando, le contesta el Taso, el concepto de los sabios, el de los mundanos y el mio, los colocó ya en la sien del poeta con quien estais emparentado, y á quien seria mas arduo el arrebatárselos que su clava á Hércules. Jamás soñé en desbancar al Homero de Ferrara, pues lo obsequio mas que nadie. Allá me postro ante su imagen y le tributo los dictados mas entrañables que van rebosando de mi afectuoso pecho, y siempre, siempre le estaré aclamando padre, señor y dueño. Mas si hay quien le dispute su corona, entonces sí que me arrojo en medio de los lidiadores, diciendo como Mnesteo en la carrera de las naves troyanas: « No me abalanzo al primer premio, ni espero tampoco el vencer; allá Neptuno conceda segun su albedrío la victoria; bástame el no ser el último que entre en el puerto. (*Carta á Horacio Ariosto*). » No se arredró el Taso por el número de los contrarios, mas aquel abinco acabó de dar al través con su salud y su racionalidad. En aquel estado tan lastimoso se avistó con Montaigne, quien se *enfadó mas que se condolió del paciente*. Es de sentir que un tino trascendental como el suyo no se dedicase á calar un interior acosado por tantas amarguras. Aquel impulso de curiosidad hubiera tal vez rodeado un diálogo interesantísimo entre dos hombres grandes, que el acaso juntaba en las lobregeces de una mazmorra. Solia tener el Taso lúcidos intervalos, tanto mas esplendorosos cuanto menos esperados; prorumpia entonces en raudales de elocuencia con los curiosos que acudían atropelladamente á su nombradía: en la conversacion despedía ráfagas repentinas, que despejaban por ápices los puntos mas intrincados. Relampagueaban tan solo por desgracia muy brevemente aquellos raptos. Descarnado con tan largas privaciones, venia luego á postrarse con ímpetus rematados que le poblaban el encierro de vestiglos y fantasmas. Lamentábase ante todo de un *duende* que acudia diariamente á quitarle el dinero y la comida, y luego le barajaba los papeles. Allá estruendos remotos, visiones nocturnas, clamoreo dilatado de campanas y relojes, lo despertaban con sobresalto y susto mortal. « No puedo mas, clamaba, yo fenezco; todos los miembros me duelen, y vómitos, calentura y disenteria me quitan hasta la fuerza para lamentarme; centellean ardorosamente mis ojos, mis oídos se desgarran con horribles retinidos; me creí asaltado de alferecía, y me conceptuaba ya ciego, cuando estuve viendo la gloriosa efigie de la Virgen Maria, con su niño en brazos, cercado de vivísimos destellos. » Esta vision se celebró en un soneto, donde no se acierta á deslindar la mayor sobresalencia, si esta se cifra en la elevacion de los conceptos ó en el embeleso de las expresiones (1). Entre tanto la aceptacion de la *Jerusalén* enardece el afán de nuevos y mas poderosos Mecenas. La ciudad de Bérgamo, los duques de Urbino, de Mántua, de Toscana y el papa mismo, claman por el rescate de cautivo tan esclarecido. Resistióse Alfonso al principio á todas sus instancias, temeroso del encono del poeta; pero estrechado mas y mas por donde quiera, y avergonzado quizá de tener en prisiones á quien se estaba aclamando como la gala del siglo, dispuso que se entregase el preso en manos de Vicente Gonzaga, hermano de la nueva duquesa (julio de 1586); mas no se atrevió á aguantar las miradas de su victima. El Taso, mas generoso de que su atropellador, se alejó de Ferrara, pesaroso de no despedirse de quien tan inhumanamente lo habia estado persiguiendo; mas ningunos anhelos podia exhalar, habiendo ya fallecido Leonor, pero no pudo menos de bañar con lágrimas el túmulo que la encubria á sus ojos.

Algunos dias de privanza con los príncipes de Mántua bastaron para hacerle olvidar sus quebrantos: tertulias, espectáculos, saraos, y ante todo, máscaras, que le embelesaban sobremanera, le desagaviaron luego de las tropelías de Alfonso. Empapado en devaneos durante el carnaval, engolfado en la devocion por la cuaresma, iba y volvía alternativamente del mundo al retiro, sin que el galanteo del poeta lastimase la conciencia del cristiano. Dedicábase á la teología, despues de atarearse con Floridante (2), y orillaba á san Agustín para retocar el *Turismundo*. Embargado estaba su entendimiento, holgaba su corazon, y un temple tan acalorado no podia avenirse á semejante existencia. Cuanto mayor abinco se ponía en distraerle, tanto mas le retraía su natural de aquel empeño. Se lisonjeaba de arrinconar sus especies azarosas, engolfándose en una vida atropellada y aventurera, mas estaba el flechazo muy clavado, y el movimiento no era para él menos doloroso que el sosiego. Iba allá como hijadeando de pueblo en pueblo, acosado mas y mas por sus pesares, y expuesto á menudo á mil trances horribles. Hambreando de muerte, iba ya positivamente á espirar en Loreto, cuando lo socorrió un amigo, y tan solo le faltaba en lo sucesivo el ir alargando á los transeuntes la misma diestra edificadora del alcázar de Armida. Dió tambien su asomada á Nápoles en busca del dote de su madre y de los bienes confiscados á su familia.

Hervia á la sazón en toda Italia el afán por sus obras, pero sobresalía mas el entusiasmo en aquella capital, donde el pasmo que causaba su númer se her-

manaba con el agradecimiento inflamado por tan esclarecido ciudadano (1). El conde de Paleno y Juan Bautista Manso porfiaron por quién lo habia de hospedar; agradeció el Taso tantísimo afán, pero á sus anchurosas estancias antepuso una celdilla del convento de Montoliveto, inmortalizándolo con sus versos. Aburrido con la mansion de Nápoles, volvió ya calenturiento á Roma, y para no ser gravoso á nadie, fué á dar el aldabonazo á la puerta de un hospital (diciembre de 1589), fundado por uno de sus antepasados para los Bérgamoscos menesterosos. Hallábase en aquel desamparo, cuando recibió el brindis del gran duque de Toscana para que se fuese con él en términos honoríficos. Parte luego para Florencia (5 de abril de 1590), donde todos, aun los mismos que se le habian mostrado injustos, acudieron á aclamarle. Gozoso al pronto con tanto agasajo, luego echó menos aquella independencia venturosa que se está disfrutando con un amigo y que escasea con un superior. Anduvo todavía algun tiempo errante fuera de su patria antes de aceptar los ofrecimientos del conde de Paleno, recién hecho grande almirante del reino de Sicilia, quien trataba de hacerle partícipe de sus riquezas. Al asomo de Nápoles (20 de enero de 1592), disfrutó el Taso aquel embeleso que se suele gozar retrocediendo á los primeros años, y por la vez primera su pecho llagado se entregó explayadamente á sus recuerdos antiguos. Dió además un testimonio de su propia pujanza, harto grandioso para echarla á volar de nuevo. Su númer fantaseó con lozano brio, y se arrojó mas y mas á la carrera que tenia ya andada con tan esclarecida sobresalencia, ardiendo mas y mas en deseos de encumbrarla. Aquella hermosísima *Jerusalén* que habia defendido con tan preeminente desempeño; aquel parto sublime, encarecido ya como inmortal, se le ofrecía á la vista como bajo el aspecto de un niño adulterino, cuyo nacimiento hay precision de encubrir (2). Se sonrojaba quizás de las alabanzas entonadas á la alcurnia de Este; de aquel tributo de aprecio y cariño que Alfonso habia desmerecido en tan gran manera, y que iba á engañar á la posteridad acerca de la índole verdadera de aquel príncipe. Prescindiendo del móvil oculto de aquel desvío, se supo con asombro que el Taso habia compuesto una obra nueva, cuando se le conceptuaba afanado en retocar la antigua. Mostróse el autor tan pagado, que quiso ir personalmente á presentarla al cardenal Cintio Aldobrandini, sobrino del papa Clemente VIII. Hervia el reino de Nápoles de salteadores, y atajaba su comunicacion principal con Roma una gavilla crecida, aposentada entre Mola y Fondy. El Taso arrostra desde luego aquel peligro, y aun trata de abalanzarse á los foragidos (3), pero contenido por los compañeros, no acierta á salir del trance, cuando un mensajero de Marco Sciarra le brinda con escolta para acompañarle hasta Roma. Remuerde al poeta el haber desconceptuado á los hombres, y suplica al capitán de bandoleros que se desvie de la carratera para no asustar á los viandantes. De vuelta de aquel viaje, emprendió un postrer poema, tomando el asunto del Génesis, ciñéndose por entonces á merecer el voto de la marquesa de Manso, cuando le participaron que le preparaban en Roma el obsequio de un triunfo. « Un ataud es el que se me debe disponer, exclamó. Si me dedicais una corona, reservadla para realizar mi sepulcro: ese boato ningun timbre ha de dar á mis obras, pero va á trastornar mis dichas, como estuvo acibarando los últimos dias del Petrarca. » Instado mas y mas por el cardenal Aldobrandini, sintió, al desviarse de sus amigos, la corazonada mortal de no verlos mas.

Triunfal es ya su entrada en Roma; plebe, nobleza, prelados, cardenales, sobrinos del papa, todos le salen al encuentro, y lo acompañan al Vaticano, atronando la esfera con estruendos vivos y aclamaciones. Dícete el papa al verle, con sumo gracejo:

— Venid á realizar esta corona, honradora de cuantos la han llevado antes que vos.

Siguen preparándose entre tanto con desalada actividad los requisitos de la esclarecida ceremonia; ya va el Taso á recibir el galardón mas lisonjero á que puede aspirar un poeta, cuando le asalta mortal dolencia y ruega como fineza que se le traslade al convento de San Onofre, para acabar allí sus dias en el recogimiento y la plegaria; y allí, ajeno todo de las vanidades del mundo, dispone el exterminio de sus obras y espira sosegadamente en medio del luto público. Roma se condeuele cruda y entrañablemente de su muerte (25 de abril de 1593), el pueblo se agolpa atropelladamente por honrar las exequias del hombre grande, cuyo triunfo estaba disponiendo. Póstrase ante el Taso en ademan

(1) Ocurrió por entonces lo siguiente: Refiere Cristóbal de Meca, en el prólogo de sus poesías, que apenas supo la oficialidad, siempre crecida y brillantísima de nuestro virreinato la llegada á Nápoles del sumo poeta, voló desaladamente á tributarle expresivo acatamiento, brindándosele para cuanto se le ofreciera en aquella mansion; que el Taso se mostró muy agradecido al obsequio, y sobre todo añade que desde las primeras conversaciones, pues fueron varias las visitas, echaron todos de ver cuán atrasados se hallaban los poetas españoles en punto á la esencia y requisitos de la sublime poesía. Todo cabe; pero el tal Meca, segun la muestra de sus versos, no parece que salió muy aprovechado con los documentos del oráculo.

(2) Del primo (la *Jerusalén*) sono alieno come padre dai figliuoli ribelli, e sospetti d'esser nati d'adulterio, *Canto del P. Pamgarola*, tomo X.

(3) Io voleva andare innanzi, ed insanguinar la spada, ma fui ritenuto: *carta á Horacio Feltró*.

reverente, acompaña sus restos hasta la falda del Capitolio, mostrando lloroso un cadáver revestido de toga romana, y con la sien enramada por el laurel poético. Así se eclipsaba aquel astro centellante en el despejado cielo de Italia, empozándose con el siglo engendrador de tantísimos portentos.

Conceptuase por lo mas al Taso tan solo por sus dos partos la *Jerusalén* y la *Aminta*, y se trascuerdan tal vez un sinnúmero de obras en prosa, que, sin dar gran realce á su nombradía, son sin embargo del caso para darnos á conocer el caudal de sus preciosas luces positivas. Se vale siempre del diálogo, que suponía mas halagüeño para el lector, por cuanto dice, « escudriñando juntos la verdad, vienen á asociarse todos en el triunfo del vencedor, y por otra parte se da mas bien oídos á una discusión entre amigos que á la voz imperiosa de un maestro. » Este método de instruccion, prohibida por los alumnos de la escuela de Sócrates, y trasladada á Roma por Ciceron, sobresalió al renacer las letras por Italia, donde se fué perpetuando hasta principios del siglo diez y siete. Los escritores italianos rebosando admiracion con los antiguos, y embelesados con el resultado dramático de las conclusiones en diálogo, no echaban de ver los inconvenientes de interrupciones redobladas, frases pegadizas y transiciones violentas con que una discusión interesante suele tener por paradero una charla empalagosa. Incurrió el Taso en los achaques de Platon, al seguir sus huellas, y cuantas chispas de númer centellean por sus escritos no alcanzan á despejarlos y á hacer llevadera su lectura. Pedante casi en sus diálogos postreros, con tanta cita de filósofos antiguos, comentadores árabes, escolásticos y padres de la iglesia. Su memoria, muy accidentada con sus raptos de locura, vertía á raudales y á bulto el caudal que tenia atesorado.

Pero el númer del Taso campea por entero en la *Jerusalén*. Aquel poema tan esplendoroso, cuyo plan es tan atinado y el desempeño tan esclarecido, ha desmerecido sin embargo en gran manera para los críticos. Incapaces de encumbrarse tras el vuelo del autor de Armida, los pedantes han ido desconchando menudamente los lunarillos, como si tal cual sombra pudiera empañar el resplandor del sol. Los retruécans y los remedos que suelen ser los cargos con que capitulan al Taso, eran el achaque de los escritores del siglo diez y seis. La poesía italiana, originalísima en la pluma del Dante, habia decaído de aquella entonacion desahogada y gallarda que desempeñaba con tanta pujanza las iras de un proscrito. Se grangeó con el Petrarca aquel viso tan propio de unos amores ideales y platónicos, mas al irse acercando á los sentimientos mas naturales, era ya forzoso desentenderse de aquel tibio entretenimiento del ánimo que no exhalaba jamás los impulsos del corazon. El Ariosto, entretejiendo en sus relaciones de aventuras soñadas la pintura mas briosa de las pasiones humanas, robusteció el lenguaje mas que el Petrarca, pero no se avino á vaciar la lobregeza del Dante en su cuadro pavoroso. El Taso, despues de seguir las huellas del Ariosto, se hizo cargo de que el señorío de la epopeya requería un rumbo mas entonado que el retozo halagüeño de un novelista, y acudió á la norma de los antiguos, no hallándola adecuada entre los modernos. En cuanto al abuso de agudeza, eran feudos del siglo, y es tan injusto el vituperárselos al Taso como lo fuera el tildar á Homero el no haber retratado á sus héroes con facciones mas elegantes y costumbres mas apacibles. Pero ¡cuántos y cuántos primores descuellan sobre estos lunares! ¡Con cuánto ingenio ha ido desempeñando una empresa tan grandiosa en su proporcionado marco! ¡Qué raudal de poesía galana en aquellos episodios que parecen otros tantos móviles para llegar ejecutivamente al desenlace del poema! ¡Qué variedad tan portentosa en las fisonomías, hablas y hazañas de tanto personaje con que ha ido poblando el teatro sin barajarlos jamás! ¡Quién puede olvidar la cordura de Godofredo, la generosidad de Tancredo, la índole indómita de Argante y el denuedo de Reynaldo? ¡Quién no derrama lágrimas en la muerte de Clorinda, y qué pecho se desentiende de los halagos de Armida? Se hermanan los pormenores mas obvios con tanto tino en los portentos y aventuras, que sucede el conceptuarse el lector todavía en el terreno de la verdad, cuando se va ya siguiendo el rumbo del engaño. Suena la voz del poeta, y allá se disparan miles de espíritus invisibles, motores de cielo y tierra é infierno. Desde el solio del Sempiterno hasta las lóbregas mazmorras de los condenados, todo está en movimiento para favorecer ó contrarrestar el intento de los Cruzados. Estos medios sobrenaturales, que van dando un baño misterioso á toda la obra, no desdican por cierto en un asunto cristiano. Su resultado es grandioso, y aquella intervencion de potestades celestes é infernales, autorizada por la historia, no se desviaba un punto de las creencias religiosas del siglo diez y seis.

Mas si la primera *Jerusalén* es á la verdad un arrojito del númer, la segunda se reduce á una tarea de remedo, pues asoman de continuo los conatos del autor para correr parejas con Homero. El almirante Juan es un trasunto de Nestor, y suele obrar como su dechado; Argante no es ya el guerrero denodado que por su brio ha venido á ensalzarse hasta la cumbre de la milicia, pues para equivocarse mejor con Hector ha parado en hijo del sultan: hace Ricardo el papel de Aquiles, y arrostra la autoridad de Godofredo, así como lo hace el héroe griego con Agamenon. Compuso el Taso una obra en demostracion de que el poema nuevo era mas cabal que el antiguo; se regala con sus cambios, blasona de haber desencajado los jardines de Armida, y no le duele el cercen del episodio

(1) Egro io languiva, e d'alto sonno avvinta, etc.

(2) El asunto de este poema está tomado del Amadis, y el primer arranque es de Bernardo Taso. La tragedia de *Turismundo* ya se habia bosquejado en 1574; mas le dió luego el autor tantas vueltas, que la actual merece casi conceptuarse como una composicion aparte.

tan interesante de Sofronia y Olindo, y aquel retiro campestre y silencioso para desahogo de Herminia junto al estruendo de las armas y de los trances de la refriega. « La accion de la Iliada, dice, no dura mas que doce dias y sucede toda en la llanura de Troya; la de mi poema se extiende á una estacion entera, desde el dia de Pentecostés hasta mediados de agosto. He venido á estrechar á los alrededores de Jerusalem el teatro de los acontecimientos, lo que me ha inducido á cercenar la navegacion portentosa en el Océano, cuyo asunto me reservo para otro poema, y á colocar la mansion de Armida por las cumbres del Libano mas inmediatas á la Palestina. » En toda su apologia se está desapropiando el Taso voluntariamente de la gerarquía de poeta original, para ansiar mas fundadamente el papel de imitador. « En cuanto á los caracteres, dice, he procurado esmerarme en irme ladeando con Homero, en cuanto me ha sido dable. Ruperto de Ansa se parece á Pátrolo; los dos Robertos á los Ayaces; Guillermo, caudillo de los flecheros ingleses, al flechero Teucer; Tancredo á Diomedes, y Raimundo á Ulises. Emparajase Ricardo en ardimiento con Aquiles, y Lofredo es el retrato de Fenix; los siete caudillos napolitanos recuerdan los capitanes de los Mirmidones; es Godofredo igual en señorío á Agamenon y le sobrepuja en virtud; Bauduino se da la mano con Menelas. En el bando opuesto Ducalt se asemeja mas á Priamo que el anterior Aladino; Soliman recuerda á Sarpedon y Asagor á Antenor. Lujeria y Funebrina son personajes amoldados con Andromaca y Hécuba, y así de los demás; de modo que, á ejemplo de Homero, he ido aumentando la extension y la variedad del urdimbre de mi fábula, como tambien el número de los personajes que por fin he introducido. » Ni alabanzas á la alcurnia de Este, ni á la estampa de Reynaldo, cuyos amores le habian parecido imprescindibles en el plan del poema antiguo, asoman ya en el nuevo, único desagravio del poeta por los indignos proceder de Alfonso. No cabe pues equivocarse acerca del mérito de los dos poemas; y la injusta preferencia que al parecer concede el Taso al segundo, corrobora el concepto de la desconfianza con que se debe mirar el juicio de los autores sobre sus propias obras. Hacia Milton menos aprecio del *Paraiso perdido* que del *Reconquistado*, y Delille estaba empeñado en rehacer sus *Geórgicas*.

Pero cuanto se hace obvio el ir clasificando las obras del Taso, otro tanto mas arduo parece su parangon con el Ariosto, sobre todo cuando hay precision de venirse á declarar por el uno ó por el otro. Se ha dicho con mas agudeza que solidez que la *Jerusalen* era un poema mejor que el *Orlando*, pero que el Ariosto era al mismo tiempo mayor poeta que el Taso; mas si el mérito de los autores se cifra en la perfeccion de sus obras, no aparece por qué se ha de sobreponer el que ha compuesto un poema inferior al que lo hizo mas aventajado. El Metastasio, que de mozo fué acaloradísimo apasionado del Ariosto, no leyó la *Jerusalen* sino en edad proporcionada para atenerse á su propio concepto. « No intentaré yo retrataros, escribia á su amigo Diodati, el vuelco extraño que causó en mí la lectura de esta obra. Aquella accion gradiosa y única, expuesta eficaz y despejadamente, manejada con tino y sabiduría y redondeada cabalísimamente, se me estaba representando como en un espejo; la variedad de los acontecimientos que la componen y que la engalanan sin descajarla; la magia de aquel estilo siempre castizo, siempre terso, elevado y armonioso, y que sostenido por su propia pujanza, va comunicando señorío á los objetos mas sencillos y vulgares; aquellos vivísimos matices que campean con especialidad en los símiles y las descripciones; aquel despejo de narrativa que embelesa; aquellos caracteres tan propios, aquel precioso eslabonamiento de conceptos; tanta ciencia, tanta sensatez, y ante todo aquel ardor de fantasia que, en vez de menguar, como suele suceder en las empresas dilatadas, va siempre en aumento hasta el fin: todo esto me empapó en un deleite que hasta entonces no habia llegado á mi noticia... Si para ostentar su poderío, nuestro bondadoso padre Apolo tuviese á bien constituirme gran poeta, y me mandase manifestar cuál de las dos obras tan encarecidas (*la Jerusalen ó el Orlando*) trataria de tomar por dechado, mucho titubearia positivamente; pero esta propension natural y quizás excesiva que abrigo al método, al arreglo y á la concordancia, podria muy bien, así lo alcanzo, inclinarme al fin á *la Jerusalen libertada*. »

José Bonaparte, en su reinado efímero, habia dispuesto que se elevase un monumento al Taso en Sorrento: quedó sin ejecucion el intento, y aquel gran poeta está todavía esperando un obsequio público á su memoria. Las obras completas del Taso se empezaron á publicar en Pisa por Rossini el año de 1821, en 30 tomos en octavo.

M. DE F.

Poesía.

SIEMPRE CONTENTO.

Lloren gotas como puños
Ciertos lúgubres galopos,
Pasen su vida otros topos
En continuos refunfuños.

Yo por mí, digo y sustento
Con mis cándidas franquezas,
Que á seguir esas torpezas
Inclinado no me siento.

Lejos estará quizás
De ser el mundo un banquete;
Mas si así nació el pobrete
¿Por qué entristecerle mas?

Cuide una vieja su gala
Y aun parecerá florida,
Demos galas á la vida
Para hacerla menos mala.

Pues ¿no merecen chacota
Los que á cualquier desazon
Abultan como un melon
La que es como una bellota?

De sus bobadas me asusto
Y aun suelto ternos á pares
Cuando á falta de pesares
Se los forjan á su gusto.

Galan hay que rabia y grita,
Pues tanta pena le aprieta
Por un punto en la calceta
O un doblez en la levita.

Mas allá gime otro tal
Porque el sastre se retrasa,
Y esotro en ira se abrasa
Por salirle un nudo mal.

Hombre hay que pasa sudores
Por no lograr la chiripa
De que se tueste su pipa
Cual las de otros fumadores.

Ni es raro ver avestruces
Próximos á reventar
Por no conseguir brindar
En la tienda de Andaluces.

Come Juan de mal humor
Porque se vertió el salero,
Y arroja la cena fiero
Por faltarle algun primor.

En el baile Luisa brama
Por un boton descosido,
Y echa peste su marido
Viendo gruñir á la dama.

Todos en suma andan locos,
Todos se salen de quicio,
Quedando si acaso el juicio
Guardado para muy pocos.

Y la nube de indigestos
Puja establece á compás
Sobre cual rabiara mas
Con mas menguados pretextos.

Ahora bien: ante lo ruin
De ese infierno en miniatura
¿Quién que juzgue con cordura
No evitará su confin?

Si el llorar no es un bombon
Ni el rabiar una castaña,
Regalos de esa calaña
No me inspiran aficion.

Fuera, pues, esas quimeras,
Y llenense mis bolsones
De verdaderos bombones
Y de castañas de veras.

Yo obraré como un petate,
Serán toscas mis costumbres,
Mas no quiero pesadumbres,
Y huyo diciéndoles ¡tate!

¿Pensais que eso es poco honroso?
Bien: confieso mi egoismo;
Pero me quiero á mí mismo
Con cariño portentoso.

¿Yo dejar en algun caso
Que atenten á mi ventura
Lo flojo de una costura
O el equilibrio de un vaso!

¿Yo dar sobre mi alegría
Derecho de vida ó muerte
A un salero que se vierte
O á una sopa sosa ó fria!

¿Yo conceder el poder
De lanzarme en mal humor
Al pliegue de un cobertor
O á un servicio sin hacer!

Tácheseme de locura,
Pero en mas me considero
Que el cobertor y el salero
Y la sopa y la costura.

¿Yo esclavo de sus deslices?
¿Yo á sus átomos sujeto?
Si tales yerros cometo,
Que me monden las narices.

Rueda un niño y llora y clama
No la herida, sino el susto,
Pues su pena sufre á gusto
Si á la risa se le llama.

Tal ejemplo es mi divisa,
Niño en eso quiero ser,
Y así siempre, al padecer,
Echaré mi angustia á risa.

¿Qué decís? ¿os dá extrañeza
Tan singular paradoja?
Pues á errar, por Dios, se arroja
Quien me tache de simpleza.

Males hay que se resisten
Al disfraz del buen humor,
Y hay que aceptar su rigor
Si de crespones se viste.

Pero en lances á montones
¿No veis mas de un genio enjuto
Sacar de sí mismo el luto
Para inventar aflicciones?

Yo de esos usos me alejo,
Yo prefiero, en conclusion,
Llamar faisán á un pichon
Que juzgar gato á un conejo.

Comer bueno y saber malo
Lo hallo desgracia sin freno,
Comer malo y saber bueno
Me parece mas regalo.

Cifrense, pues, los amaños
Con que hago dulces mis dias
En gozar mis alegrías
Y en disimular mis daños.

Llega un bien y le abro el pecho,
Llega un mal á hablarme gordo
Y le digo, hijo, soy sordo,
Vaya y búsquese otro techo.

¿Quereis mas? no, ya me callo,
Pues que lo que quise hallé,
Quien dé á mis palabras fe
Levántese y alce el galló.

Levántese y ambos juntos
Nos burlaremos al par
De ciertos locos de atar
Y ciertos cuerdos... presuntos.

¡Viva el animoso humor,
Padre de la vida grata!
¡Viva el humor que desata
Las cadenas del dolor!

¡Fuera el ruin apocamiento;
Fuera los cuidados ruines:
Para alcanzar altos fines
Bulla el corazon contento!

JUAN ALONSO Y EGUILAZ.



El emperador Alejandro en la Exposicion Universal. — Almuerzo en el restaurant ruso.



El emperador Alejandro recibiendo á SS. MM. el emperador y la emperatriz en el baile de la embajada de Rusia.



Banquete dado en Tullerías á SS. MM. el emperador de Rusia y al rey de Prusia.

Revista de Paris.

Consagramos la mayor parte de los grabados de este número á dar á conocer á nuestros lectores varias de las escenas y episodios de tantas fiestas como ha habido en Paris, con motivo de la visita del emperador de Rusia y del rey de Prusia. El baile del Hotel Villa, ha sido tan extraordinario, que no obstante las noticias que sobre él adelantamos en nuestra revista de la última semana, insertamos en este número la relacion que ha hecho el diario oficial de esta gran fiesta, organizada por el « magnifico prefecto del Sena » ó « emperador de Paris, » como dice el *Times*. En cuanto á los asuntos que motivan los demás grabados, creemos que nuestros lectores los conocen ya suficientemente por las explicaciones que sobre ellos se habrán encontrado en estas crónicas.

Lo que sí debemos hacer esta vez es continuar la relacion que dejamos interrumpida, completándola hasta la despedida de los soberanos de Rusia y de Prusia.

La anunciada excursion á Versailles tuvo efecto el domingo.

El punto de reunion era la estacion del Oeste y allí el emperador y la emperatriz de los franceses se encontraron con el emperador de Rusia y el rey de Prusia.

En la estacion de Versailles SS. MM. con sus comitivas tomaron asiento en diez carruajes, escoltados por un destacamento de coraceros. Inmediatamente pasaron al palacio, visitaron las habitaciones y las galerías y despues recorrieron el parque y admiraron los diferentes juegos de aguas. La multitud era tal que los coches tenian que ir al paso.

El cortejo se dirigió luego al gran Trianon donde estaba servida una mesa, y despues se encaminó á pié al pequeño Trianon donde los soberanos visitaron la coleccion de objetos que habian servido á la reina Maria Antonieta. Sabido es que la idea de este piadoso museo corresponde á Su Majestad la emperatriz.

Sus Majestades, los principes y princesas volvieron en posta por el bosque de Boulogne y se detuvieron en Saint-Cloud para ver á S. A. el principe imperial que disfruta de la mejor salud.

Despues de haber acompañado al czar al Eliseo, y al rey de Prusia al pabellon de Marsan, el emperador y la emperatriz entraron á las ocho y media en sus habitaciones.

El día 10 se dió un baile brillantísimo en las Tullerías. La decoracion de los jardines, el lujo de todos los salones y gaterías del piso principal y la ingeniosa trasformacion del antiguo teatro del palacio, contribuyeron al esplendor de la fiesta. Al entrar SS. MM. y AA. II. y RR., se dirigieron al balcón del salon de los Mariscales, desde el cual se bajaba á los jardines por una doble escalera de construccion atrevida. Los soberanos y principes pudieron admirar desde lo alto de esta escalera improvisada el sorprendente efecto de los surtidores y de los árboles iluminados por fuegos de bengala, faroles venecianos y numerosos focos de luz eléctrica.

Segun el *Moniteur*, de cuyo periódico extractamos todos estos detalles relativos á las fiestas en obsequio de los soberanos, los augustos huéspedes se llenaron de asombro ante el espectáculo que presentaban las praderas y los cuadros de flores y al ver el gigantesco sol de gas que brillaba en el centro de la calle principal de árboles del parque y al cual se habia dado la forma de la placa de San Andrés, la mas antigua y elevada de las órdenes rusas.

Despues de haber asistido durante algun tiempo á los bailes y de haber recorrido los salones, SS. MM., los principes y las princesas se trasladaron á la nueva sala comedor, donde se habia puesto la mesa de los soberanos sobre un tablado, mas abajo del cual se extendian las mesas destinadas para los numerosos convidados.

Este vasto salon, mágicamente iluminado, estaba adornado con ricas colgaduras, y ocultaba la pared del fondo, donde habia un surtidor, un lienzo pintado con arte. En aquel punto ejecutaron durante la cena los artistas y los coros de la Academia imperial de música las mejores piezas de su repertorio.

Sus Majestades se retiraron entonces á sus habitaciones y el baile se prolongó hasta una hora muy avanzada de la noche. El reflejo de las iluminaciones en una atmósfera tranquila y pura habia atraído á las cercanías de las Tullerías, á la plaza de la Concordia y á los Campos Eliseos una considerable concurrencia, y al amanecer se agrupaba aun una multitud curiosa delante de las verjas del jardín.

La excursion á Fontainebleau hecha por los soberanos, los principes y princesas, ha terminado dignamente la estancia del czar y de sus augustos hijos en Francia.

A las doce y media, SS. MM. acompañados de sus huéspedes, partieron de la estacion de Lyon y llegaron una hora mas tarde á Fontainebleau.

Diez carruajes condujeron á los ilustres visitantes al palacio, cuyas habitaciones y galerías recorrieron seguidamente.

Despues de haber tomado un refrigerio en la sala de Enrique II, SS. MM., los principes y princesas pasaron al museo chino, y dejaron á las cinco la residencia imperial para volver á Paris.

En Bercy el tren imperial tomó el camino de Cintura y

condujo al emperador de Rusia, al gran duque Vladimiro y á su comitiva y servicio de honor, á la estacion de la Villette donde se habia preparado el tren especial que debia llevarles á Kehl.

La despedida de los dos emperadores fué muy cordial y repetidas veces el czar dió gracias al emperador y á la emperatriz por la acogida que en Paris habia recibido.

El gran duque heredero se despidió igualmente de Sus Majestades en la estacion del Este. S. A. I. salia para Copenhagen á las ocho por el ferro-carril del Norte.

El emperador, la emperatriz, el rey de Prusia y el principe real de Prusia, así como los dignatarios agregados á sus personas volvieron al palacio de Tullerías.

La despedida del emperador de Rusia no dió por cierto la señal del fin de las fiestas. En la noche del siguiente día hubo un gran baile en la embajada prusiana. A las diez y media, el rey de Prusia que salia de una comida de 60 cubiertos en casa del embajador de Inglaterra, llegaba á la embajada donde le esperaba al pié de la escalera el conde de Goltz; y poco despues entraban en los salones preparados para la recepcion; el emperador y la emperatriz de los franceses, el principe de Prusia, la princesa Matilde, el principe Humberto, la gran duquesa Maria, el principe de Leuchtenberg, la princesa Eugenia, el gran Duque de Mecklemburgo Schwerin y el duque Jorge de Mecklemburgo Strelitz.

Entonces comenzaron los bailes y á las doce y media los convidados pasaban á la galería donde habia una mesa de doscientos cincuenta cubiertos, en tanto que los soberanos y los principes tenian otra en un salon aparte.

El *Figaro* cita un hecho curioso que dice ha pasado apercibido en este baile.

Parece ser que el conde de Bismark, que no es aficionado á sorbetes ni á dulces, habia pedido que le sirvieran cerveza de Viena ó de cualquiera otra parte, con tal que fuese de calidad superior.

Naturalmente el embajador se apresuró á cumplir este deseo y mandó comprar en una de las cervecerías de mas fama un tonelito de cerveza, que fué colocado en el jardin de la embajada en un pabelloncito en cuyo derredor pusieron mesas y sillas.

Allí se instaló, pues, el ministro prusiano que pasó la noche dando vuelta á la llave del tonel para ofrecer cerveza á los personajes que se paseaban. Su establecimiento improvisado se vió muy concurrido, y el hombre de Estado y de guerra no daba abasto á los muchos parroquianos que tomaban posesion de las mesas y las sillas.

Ya que estamos de anécdotas, señalaremos entre las muchas que se cuentan relativas al czar, la siguiente:

El emperador Alejandro salia todas las mañanas como un simple particular del palacio del Eliseo y solia entrar á comprar cigarros en un estanquillo de aquellas intramuraciones. Una vez se puso á examinar algunas petacas.

— Son de cuero de Rusia, le dijo el estanquero.

— Me parece que V. se engaña.

— ¡Oh! no señor, estoy bien seguro de lo que me digo.

— Pues ha de saber V. que yo soy ruso, y que por lo tanto conozco los productos de mi país. Yo le mandare á V. cuero de Rusia legitimo y verá V. la diferencia.

Y volviéndose hacia un ayudante que le seguia tambien de incógnito, le mandó que tomase el nombre y señas de la casa del estanquero. Este creyó que se las habia con algun comerciante ruso, y no fué poca su sorpresa cuando supo quien era el personaje que le habia prometido el cuero de Rusia.

Así como M. de Bismark ha llamado extraordinariamente la atencion en el acompañamiento del rey de Prusia, así tambien el principe Gortschakoff, el no menos célebre ministro ruso, ha sido objeto de la curiosidad que por muchos títulos le corresponde.

Este principe se ha traído consigo varios individuos de la cancillería y algunos secretarios, entre los cuales figura el famoso Hamburguer que es pequeño, jorobado y posee grande inteligencia. Hé aquí acerca de este personaje algunos pormenores que extractamos del *Journal de Paris*.

Cuando el principe Gortschakoff tomó posesion de la cartera de Estado, pasó á visitar todas las dependencias de este ministerio, en las cuales vió, segun parece, algunos empleados que no tenian bastante aire de ministros plenipotenciarios. Empezó á ponerse de mal humor y al reparar en M. Hamburguer no pudo contenerse y dirigiéndose á este dijo:

— ¿Es posible, caballero, que siendo jorobado os hayais metido en una carrera, en la cual el mas sagrado de todos los deberes es ser buen mozo y representar bien?

M. Hamburguer no se desconcertó por esto, y sus contestaciones no fueron mal recibidas por el ministro, que le fué cobrando de dia en dia tal afecto que hoy no sabe pasarse sin él.

M. Hamburguer ha suministrado mas de una vez útiles inspiraciones á su jefe, que en la actualidad no necesita ya quien le inspire, puesto que tiene un talento muy despejado, y hasta terrible á veces. Nadie ignora las palabras que dijo al conde de Bismark cuando este era embajador en San Petersburgo. El conde de Bismark asistió una noche á una reunion en casa del ministro, de quien murmuró á mas y mejor. Apenas aquel se disponia á marcharse, M. de Gortschakoff mandó soltar en el patio un perro ladrador. Apenas el conde de Bismark se vió acosado por este animal, dió voces á los criados para que lo contuvieran ó lo sujetaran. Entonces apareció en el balcón el principe Gortschakoff gritando:

— Vaya, señor conde, no mordais á mi perro.

Ninguna ocurrencia de M. Tellegrand es comparable con esta.

El rey de Prusia salió el viernes por la mañana acompañado del conde de Bismark, de toda su casa y de los oficiales de servicio agregados á su persona.

La despedida con el emperador Napoleon fué tan cordial como lo habia sido con el emperador de Rusia.

Dícese que el rey de Prusia se ha mostrado sumamente satisfecho de la acogida que ha tenido en Paris. Sin embargo, su presencia en la capital habria producido evidentemente mayor sensacion si no hubiese coincidido con la estancia del czar y si el deplorable suceso del bosque de Boulogne no hubiere concentrado toda la atencion de los parisienses sobre el emperador Alejandro II.

Los gastos que han hecho entrambos soberanos en Paris han sido cuantiosos. Asegúrase que el czar ha consumido mas de cinco millones de francos, habiendo gastado por su parte el czarewitsch la suma de 900,000 francos. Además del millon que ha dejado Alejandro II para los pobres de Paris, ha dado 50,000 francos á los criados del Eliseo y repartido 138 alhajas entre diferentes personas.

El rey de Prusia ha distribuido tambien grandes cantidades en Paris entre regalos y compras.

En cuanto á nuevas visitas, la mas importante que tenemos que señalar esta semana es la de Ismail-bajá, virey de Egipto, que llegó el lunes á las cinco y media de la tarde, y se ha hospedado en el pabellon Marsan. El virey viene acompañado de sus principales ministros y de los altos dignatarios de su corte.

Esta semana se ha anunciado ya oficialmente la visita de la reina de España, y sin embargo, á la hora en que escribimos tenemos á la vista un despacho telegráfico de Madrid en el que se dice que por razon de los calores, S. M. no emprenderá el proyectado viaje á Paris y á Roma antes del mes de setiembre.

La reina Victoria debe llegar á Paris uno de estos dias, pero con el mas estricto incógnito, sin dejar siquiera sus vestidos de luto, por lo cual su estancia aquí no dará motivo á ninguna fiesta. Este retraimiento de la régia viuda tiene de muy mal humor á los ingleses. Ya contaban con la visita del czar, y viéndose burlados en su esperanza lo achacan á la vida de reclusion á que se ha condenado su reina. Lo cierto es que la prueba por que está pasando el orgullo británico es una de las mas duras á que podian someterle.

Unicamente el sultan anuncia su intencion de visitar Londres despues de Paris, y ya le están preparando allí las habitaciones que semejante huésped necesita.

En Paris se hospedará en el palacio del Eliseo, donde ha estado el emperador de Rusia con sus dos hijos, palacio que ha sido testigo de importantes acontecimientos y ha sido destinado á varios usos.

Construido en 1718 por el arquitecto Moller, por encargo del conde de Evreux, sirvió en la antigua monarquía de mansion á la marquesa de Pompadour, y sucesivamente al marqués de Marigny, al banquero Beaujon, que lo hizo ensanchar por el arquitecto Boullée, y por último, á la duquesa de Borbon-Condé, en cuya época tomó el nombre que hoy tiene, por su proximidad á los Campos Eliseos.

Adquiriólo Luis XV y lo destinó para morada de los embajadores extraordinarios. Ha servido para custodiar los objetos pertenecientes á la corona, y en 1792 establecióse en él la imprenta del gobierno. En 1803 lo compró Murat, quien lo habitó hasta el año 1808. Mas adelante, Napoleon I introdujo notables variaciones en su disposicion interior y lo incluyó en el número de sus palacios. En él suscribió en 1815 el acta de su abdicacion. En esa misma época lo habitaron el emperador de Rusia y el duque de Wellington.

En 1816 Luis XVIII lo regaló al duque de Berry, cuya viuda lo habitó hasta el año 1830, en que fué incluido en la lista civil del monarca de Francia. En 1848 fué el sitio de residencia del presidente de la República.

En estos últimos años ha sufrido una trasformacion completa así en su parte interior como en su parte exterior; se le ha dado casi doble espacio del que antes ocupaba, y se han construido en él dos nuevas fachadas, una de las cuales es la que da á la avenida de Marigny, y la otra la que mira á la calle del Eliseo.

Créese que el sultan llegará á Tolon el 2 de julio. Un periódico griego de Constantinopla, la *Concordia*, revela esta curiosa particularidad sobre el viaje de Abdul-Azis:

« El juéves último, dice, se ha firmado el *fetfah* necesario para el viaje de S. M. el sultan. Parece ser que para conciliar la letra del Alcoran con esta innovacion, habrá una formalidad que consistirá en que el territorio de la Francia durante la estancia de S. M. será considerado como una tierra de la dominacion otomana que pasará despues á su soberano natural. »

El mismo diario nos revela pormenores sobre un hecho conocido ya, acerca de un parentesco existente entre el sultan y el emperador Napoleon.

Con efecto, en la Historia de la Martinica de M. Daney, se halla consignada una historieta, que en sustancia se reduce á lo siguiente:

En 1788 la señorita Dubuc de Rivry, jóven criolla de diez y seis años, habia concluido su educacion en Francia y tomó pasaje á bordo de un buque perteneciente á uno de los puertos franceses del Océano, que salia para la Martinica.

Este buque sufrió vientos contrarios y tuvo que detenerse en la costa africana para reparar algunas averías y renovar

su provision de agua. Ahora bien, cuando de allí se dió otra vez á la vela, fué capturado por unos corsarios y llevado á Argel.

La señorita de Rivry era de una belleza extraordinaria, y juzgándose el bey de Argel indigno de reinar sobre el corazon de una criolla tan perfecta, la reservó al sultan.

Reinaba entonces Selim II, y la jóven prisionera supo cautivar su corazon; mas como al entrar en el harem no habia abdicado sus dotes intelectuales, supo muy luego adquirir un gran ascendiente sobre el sultan, á quien inspiró sus mejores resoluciones.

Cuando por los años de 1802 el general Sebastiani llegó á Constantinopla en calidad de embajador, la escuadra inglesa atravesó los Dardanelos y se apostó enfrente del Cuerno de Oro. La consternacion era grande entonces; la señorita de Rivry, que era sultana Validé, infundió su energía á Selim, quien ordenó las obras de defensa bajo el influjo del embajador de Francia, y la escuadra inglesa debió retirarse ante las formidables baterías que la opusieron.

La señorita Dubuc de Rivry era prima hermana de la señorita Tascher de la Pagerie, que vino á ser la emperatriz Josefina; la hija de Josefina, Hortensia, es madre de Napoleón III, y como el sultan actual descende de Selim, no hay duda que el parentesco existe.

Concluiremos con algunas noticias musicales.

El 4 de julio tendrá lugar en el palacio de la Industria un gran concierto organizado por M. J. Hainl; y el 5 y 7 de julio habrá grandes festivales de orfeonistas franceses bajo la direccion de M. Laurent Rillé.

El 8 de julio se efectuará el gran concurso internacional de festivales de orfeones, en el que tomarán parte de cinco á seis mil ejecutantes.

El 14 festival de música de armonía y charangas, con 4,000 ejecutantes, y el 21 concurso internacional de músicas militares.

Tomarán parte en este concurso doce orquestas militares enviadas principalmente por la Inglaterra, la España (banda de ingenieros), la Prusia, el Austria, la Baviera, la Holanda y la Rusia.

Por último, en cuanto á los conciertos históricos, de que hemos hablado ya á nuestros lectores, probablemente no tendrán lugar hasta el mes de agosto.

MARIANO URRABIETA.

Magnetismo musical.

Era una deliciosa mañana de primavera; el sol doraba con sus primeros rayos los tejados de las casas de la ciudad de Estrasburgo.

Toda la familia de Warner se hallaba reunida en el salon de verano: el padre registraba algunas teclas del piano, hiriéndolas de cuando en cuando con el dedo para asegurarse del buen resultado de su obra, lo que únicamente turbaba el silencio de sus tres hijas que bordaban.

La esposa de Warner habia muerto hacia poco tiempo, las hijas vestían de luto, y el sombrero de paja del padre estaba rodeado de un negro crespon.

De vez en cuando Warner fijaba sus miradas con ternura y alternativamente en cada una de sus hijas queridas. Julia, Cecilia y Lida diferenciaban entre sí cuatro años. Julia contaba diez y seis, Lida diez y ocho, y Cecilia, que era la mayor, era también la mas hermosa. Era alta y esbelta, con cabellos de oro, cuyos pesados bucles oprimían su rostro oval, rodando al rededor de su garganta, frente elevada, nariz recta y fina, boca pequeña, ojos azul oscuro, con tal expresion, que era imposible definirlos: ora revelaban la pasión, ora el sentimiento, tan pronto era su mirada vaga y sombría, como suave y acariciadora.

Concluyó Warner de preparar el piano, y despues de recorrer con las dos manos todo el teclado en varias direcciones, colocó un cuaderno de música en el atril, y dijo á sus hijas indistintamente:

— ¿Quién quiere cantar conmigo?

Todas se levantaron á la vez: el padre sonrió dulcemente.

— Una sola, añadió, es un duo.

Y las tres se sentaron á un tiempo.

Ninguna queria privar á las otras del placer de cantar con su padre.

— ¿Qué es esto, no quereis ninguna cantar conmigo? dijo Warner restregándose gozoso las manos.

Cecilia le dirigió una mirada de dulce reproche; Lida fijó en su padre sus expresivos ojos, como sorprendida, aunque se tranquilizó al ver la bondadosa sonrisa del anciano, y Julia, sacudiendo graciosamente su inteligente cabeza, se acercó al piano para ver si el duo estaba en su cuerda.

El padre la atrajo á sí, reunió las manos de la jóven que escondió entre las suyas, y separándola suavemente del piano, se interpuso entre este y su hija.

— ¿Es alguna romanza italiana, ó un aire de los cazadores del Tirol? preguntó la jóven con curiosidad.

— Ni una cosa ni otra, respondió el padre, dando á su hija un beso en la frente.

— ¿Es acaso, repuso Lida, un canto guerrero de Spozors?

— ¡Bah! dijo Warner, no lo acertais, Veamos si tú lo

aciertas, Cecilia, prosiguió el padre dirigiéndose á esta que guardaba silencio.

— ¿Es quizás algun duo sagrado de Marchuer, el gran compositor religioso de la Alemania?

Y al decir Cecilia estas palabras, se puso de pié.

— Lo has acertado, mi querida Cecilia, y esta composicion de tan ilustre maestro está también al alcance de tu voz.

Comenzaron á cantar: Julia y Lida escuchaban silenciosas y atentas, aquella música vaga como un suspiro unas veces, otras apasionada y casi siempre severa, majestuosa.

El argumento del duo era una escena en la Tebaida. Un anciano anacoreta acoge á un jóven víctima de las pasiones humanas, y despues de decidirlo á preferir la soledad del desierto á las locuras del mundo, le ve espirar en sus brazos completamente convertido á Dios.

La voz de Warner, grave y solemne, reproducía admirablemente la voz del habitante del desierto; y la hermosa voz de contralto de Cecilia, pura, extensa y dulcísima, interpretaba fielmente la agonía de una juventud que todo lo ha agotado.

«— Nuestra esperanza, decia el canto del padre, no es de aquí atajo, y mucho menos nuestro amor.

»— Yo también he llorado y sufrido mucho, respondia el canto de Cecilia, y en mi dolor he rogado á Dios me enviase la muerte como término de tanto pesar.»

Era la expresion de la jóven al pronunciar estas frases tan sentida, que su hermana Lida lloraba, y Julia estaba pálida y convulsa.

Warner, entusiasmado con su arte, continuaba sin cuidarse de lo que sucedía á su alrededor.

«— Hijo mio, proseguia, no habrás rogado en vano, y Dios viene á consolarte.

»— ¡Oh, Dios mio! no os hagais esperar. He sufrido mucho; soy extranjero en el mundo: he buscado en vano por mucho tiempo un alma hermana de la mia, y mi orfandad ha sido completa. Estoy solo, y llamo á Dios para hallar á su lado la felicidad que aquí no encuentro.

»— Y el Señor será conmigo y me dará en el cielo la compañera de mi alma, cuya union á la mia será eterna...»

Al pronunciar la jóven la última palabra del agonizante al volar su alma al cielo, cayó esta de espaldas sobre su silla, y por entre sus cabellos esparcidos por la sacudida, se veía en el hermoso semblante la palidez de la muerte. Sus labios estaban contraídos, y sus brazos inanimados caían á lo largo de su cuerpo.

El padre arrojó un grito terrible, levantó en sus brazos á su hija, y comenzó á recorrer el salon en todas direcciones, presa del mas vivo dolor. Sus otras hijas se retorcián los brazos y lloraban.

El anciano se sentó en medio del salon con su carga querida, formándole un lecho con sus rodillas, y en su locura mecía á su hija, como pudiera hacerlo una madre con el hijo que abriga en su regazo, murmurando en su oído las frases mas tiernas y cariñosas.

De repente se abre la puerta, y un hombre vestido de negro penetra en la estancia, es el médico: dirígese á Warner y le interroga algunos momentos, y luego colocaron á la enferma en su lecho con toda precaucion; la jóven no volvió en sí.

El doctor le tomó el pulso, la observó un rato y dijo: que por la influencia de la música que acababa de ejecutar, era presa de un furioso ataque de catalepsia.

El médico, á quien aquel caso extraño llamó la atencion, y que permanecía sumido en la mas profunda meditacion, salió de ella repentinamente, y como acusándose de un olvido, tomó su sombrero y se dirigió á la puerta.

Warner le impidió el paso con ademán casi amenazador.

— Un hombre en peligro de muerte reclama mis cuidados, dijo el doctor; además vuestra hija volverá por sí misma á la vida, y hasta ese momento nada puedo hacer aquí; pronto volveré. Al lado de vuestra casa hay un jóven oficial que ha recibido hace algunos momentos en un desafío una estocada en el pecho, y vuelvo en su socorro.

Cuando volvió el doctor, Cecilia no habia vuelto de su desmayo, ni hecho ningun movimiento. Tomóle el pulso, escuchó su respiracion, y dijo: va á hablar.

Sonidos confusos é inarticulados comenzaron á salir de sus labios, despues fueron mas inteligibles, y por último, empezó un canto lleno de dulzura y suavidad: parecia venir de lejos, ó mas bien de arriba, como un murmullo divino que partiera del cielo.

En este momento abrió Cecilia los ojos, sonrió á todos de una manera dulcísima, y dijo que solo sufría una fatiga que la abrumaba.

El doctor se acercó á tomarle el pulso: en aquel momento fijó la jóven sus ojos en una mancha de sangre que aquel tenía en el puño de su camisa, se estremeció, y dijo con acento desgarrador:

— Es su sangre, va á morir, pero yo le seguiré.

Luego volvió de nuevo á su primer estado.

A la mañana siguiente corria en toda la ciudad de Estrasburgo el rumor de que la hija mayor de M. Warner estaba peligrosamente enferma.

También se decia que el jóven y valiente oficial herido no pasaria del noveno dia.

Mas hé aquí donde empieza el prodigio.

Cuando el doctor entraba en casa de Cecilia, esta le referia con todos sus detalles, y sin equivocarse nunca, el estado del enfermo vecino, haciendo al mismo tiempo su retrato con entera exactitud. No se habian visto jamás; solo los melodiosos acentos de la voz de Cecilia

habian llegado á oídos del jóven oficial, el que al repetir siempre despues aquellas notas que quedaban grabadas en su alma, trasmitian al alma de Cecilia por medio de la repetición todo el fuego que encerraba dentro de la suya.

El herido á su vez cayó al tercer dia en un fuerte delirio, durante el cual solo hablaba de su hermosa vecina: decia que veía la dulce expresion de sus ojos, el color de sus cabellos, y repitia con la misma inflexion de voz que la jóven las palabras del duo de Marchuer: «— Pronto serás con el Señor allá arriba, donde te espera el alma hermana de la tuya.»

El doctor, que observaba á los dos enfermos, se confundía al ver los puntos de contacto que existían entre ambos.

El padre de la jóven habia caído en un estado de estupor que rayaba en la locura: permanecía al lado del lecho de su hija, abrazando á las otras dos, que se marchitaban con la vigilia y las lágrimas.

Al noveno dia, entró el doctor á las ocho de la mañana en el cuarto de Cecilia: hasta allí llegaba el lúgubre sonido de la campana de la iglesia inmediata que tocaba á muerto.

La jóven no reconoció al doctor, y solo murmuraba aquel canto, ó mas bien, aquel armonioso murmullo que dejaba oír durante sus accesos.

Cantaba: «— El Señor será contigo, y te dará en el cielo el alma compañera de la tuya, y la union de ellas será feliz por toda una eternidad; tu lecho nupcial será una de las nubes de oro y púrpura que forman el trono del Altísimo.»

La voz de la enferma se debilitaba por grados, y la palidez de la muerte se esparció por su hermoso semblante; su voz se extinguió con su vida.

— Todo ha concluido, exclamó el desgraciado padre, con tal expresion de dolor que heló á todos los que le rodeaban, y cayó desplomado sobre el pavimento.

Al dia siguiente condujeron tres ataúdes á su última morada. El de Cecilia, el de su padre y el de su amado.

ISABEL CAMPS ARREDONDO.

Exposicion universal de 1867.

LOS BRONCES.

(Continuacion.)

Otros dos nombres muy célebres también forman parte con el de M. Deniere de la lista del jurado, y naturalmente no figuran en el concurso, y son: Victor Paillard y Barbedienne.

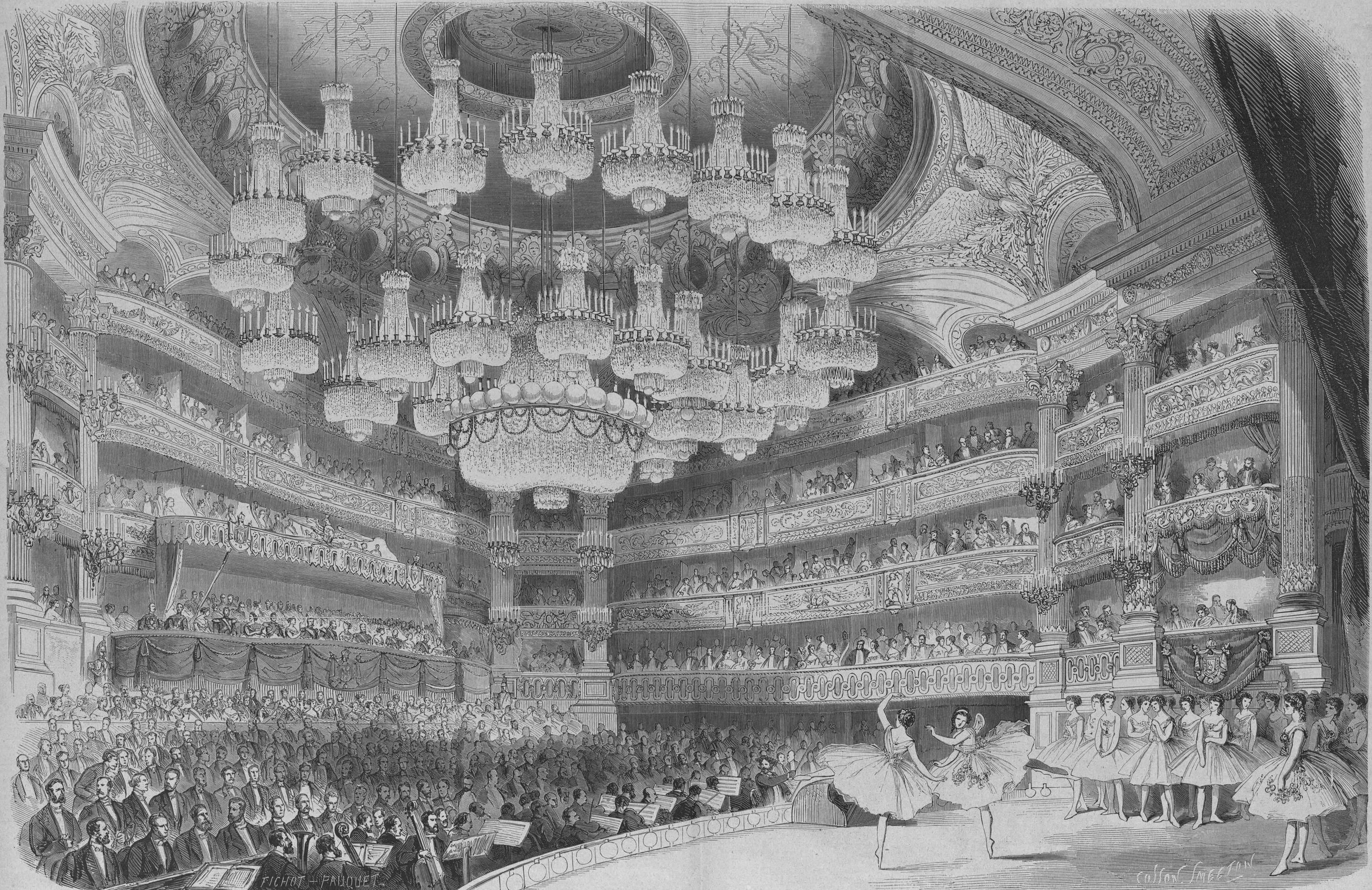
El primero, que de operario se convirtió en artista, y es jefe de una casa notabilísima, personifica en nuestros dias la mas completa y mas noble de las industrias francesas. Su Luis XIV á caballo, sus Estaciones, su Molière sentado, sus candelabros, tan belios por la composicion como por el cincelado, realizan el último término de la sencillez en la grandeza, de la sobriedad en la elegancia, de la franqueza en la ejecucion, unida al mayor respeto del estilo. Como Fourdinois en la ebanistería, como Morel en la joyería, M. Paillard ha hecho escuela en el bronce, y se puede afirmar que su puesto será uno de los mas elevados entre los maestros del arte industrial contemporáneo.

En cuanto á M. Barbedienne debemos decir que, á pesar de su celebridad, se halla muy lejos de sus dos competidores Paillard ó Deniere. Su exposicion, por lujosa que aparezca, no es mas que una sucursal idealizada de sus almacenes, donde se ven siempre las mismos modelos, el mismo sistema de reproduccion por el frío y prosáico procedimiento Collas de las obras estatuarias de todos los tiempos y de todos los pueblos. En cuanto al progreso no se descubre ni aproximadamente.

Pasemos pues, sin olvidarnos de mencionar ciertos expositores modestos que como Raingo, Lerolle, Lafontaine, Thiebaut y Viot, en la categoría de los bronce de arte y de muebles; — como Ducel, Barbezat y Durenne en las fundiciones; — como Boy y Mirov en el zinc, buscan, encuentran, combaten y triunfan; sin olvidar á otros que, mas modestos aun, componen en la galería lejana de los «Obreros jefes de oficio,» esa clase 94 donde se hallan aglomerados los premios de cincelado, escultura, dibujo, torneado y ornato alcanzados en los diversos concursos abiertos por los fabricantes. Aquí es donde se encuentra el arte y el progreso.

Hemos nombrado la casa Raingo, y en efecto, su exhibicion, segun confiesan sus competidores, reúne todos los matices de la perfeccion en cuanto á eleccion de modelos, dibujo, ornato y mano de obra. Una coleccion de guarniciones de chimeneas Luis XIV y Luis XVI, unas doradas, otras de mármol negro, ó de porcelana de Sèvres; una consola sobre todo, que por su maravilloso cincelado se confunde con el vaciado galvanico; jardineras, arañas, lámparas, rivalizan allí en carácter y variedad, gracia y nobleza, teniendo todos estos objetos el sello no solo de una experiencia completa de los estilos, sino de una novedad de formas y una originalidad de composicion que en ninguna parte se hallan mas acentuadas.

M. Lerolle es un fabricante de gusto refinado: tiene cual ninguno el amor al colorido y al carácter, y prin-



FICHOT - FAUQUET

Colton & Co. N.Y.

Aspecto del teatro de la Ópera en la noche de la función dada en honor de S. M. el emperador de Rusia.

principalmente el horror á las vulgaridades. Dejando aparte la multitud de objetos menudos que ha presentado, candeleros, tinteros, cofrecillos, tan bien dibujados y esmaltados, señalaremos principalmente su bella é interesante série de piezas de cobre puro, lámparas, jarrones, candelabros, galerías de escaleras encargadas por el rey de los belgas, y que son otros tantos prodigios de buen gusto y baratura, siendo además una resurreccion enteramente nueva de aquellos famosos cobres que llamaron en otro tiempo *la Dinandería*, por el nombre de la poblacion flamenca que los fabricaba á martillo. Un solo estilo, el de la distincion y la gravedad, domina en todo ello.

Siguiendo nuestra inspeccion, hé aquí en el escaparate de M. Delafontaine, el arte griego y romano dando la mano al Renacimiento. Aquí encontramos bellisimas reproducciones del Moisés de Miguel Angel y de las Tres Gracias de German Pilon.

Algo habria que decir sobre los grandes bronce con que la sociedad de los mármoles-onyx de Argelia acompaña los espléndidos productos calcáreos de la colonia, reunidos por M. Viot en una rotunda donde desde el grupo monumental hasta los objetos menudos todo ofrece el sello de la imaginacion mas fecunda y del lujo mas sábiamente combinado. Por una parte domina el abuso del plateado, y luego hay poca cohesion en la mayor parte de las aplicaciones. Mas una vez hecha esta salvedad, todo merece elogios por la feliz combinacion de riqueza y buen gusto que ofrecen los objetos.

Una aspiracion demasiado pronunciada hácia lo colosal, ha inspirado á M. Graux-Marly esos hermosos jarrones con asuntos de caza destinados al sultan, esas inmensas chimeneas al estilo de Versailles, y toda esa reunion de grupos, estatuas y arañas de aspecto tan majestuoso.

M. Victor Thiebaut, el fundidor por excelencia, no es mas que el editor de los maestros contemporáneos; y aunque su exposicion no se compone mas que de estatuas, esta exposicion es un museo, pues cada pieza ofrece un nombre glorioso ó en el camino de la gloria, Crauk, Perraud, Bartholdi, Dumont, Carpeaux, Maillet, Gauthier, Blanchard y otros.

M. Lemaire tiene preciosas figuras, á saber: la *Ondina*, la *Bacante*, la *Danza* y la *Música*, cinceladas con el mejor gusto. Un gran jarro con bandeja, plata y bronce dorado, que tiene en el friso la *Danza de las Willis*, y un reloj Luis XIV con sus candelabros, completan la magnífica coleccion de los objetos que ha presentado.

M. Delfau ha expuesto preciosos cuadros de flores sobre mármol blanco y una multitud de objetos menudos de plata oxidada sobre mármol negro, con un reloj Luis XV y algunos ornatos de muebles dignos de un artista.

Merecen tambien ser mencionados los siguientes nombres:

M. Delesalle y M. Servant, cuyos bronce antiguos indican una tendencia de igualar á M. Delafontaine en la via greco-romana, en que este no conoce rival; — M. Charpentier, que ha presentado un hermoso jarron griego, con bajo-relieves; M. Popon, por su Bañista, su Dante y Virgilio, y una admirable guarnicion de chimenea Luis XVI, bronce dorado y porcelana de Sévres;

M. J. Graux por sus bronce del pabellon imperial y una guarnicion de chimenea Luis XVI; — M. Houdebine que, en la esfera del bronce amalgamado en la porcelana produce lindisimas obras.

En los bronce para el alumbrado, aunque todos los expositores tengan candelabros y lámparas, preciso es citar como los que se dedican exclusivamente á este género, primero á M. Schlossmacher por sus lámparas de Sévres con esmaltes; — á M. Goelzer, cuyos magníficos aparatos de gas llaman extraordinariamente la atencion, y en fin, á M. Gagneau, que no tiene competidor en los grandes modelos de porcelana.

Por último, en esa otra especialidad de los delanteros de chimeneas, especialidad de la que el pasado nos ha legado tan incomparables tipos, hoy imposibles con las exigencias de la habitacion moderna; en ese ramo condenado á mostrarse sencillo en concepciones y sobrio en mano de obra, tres exposiciones, las de MM. Morisot, Clavier y Bion-Gieger, prueban por la pureza de formas y la severa eleccion de los géneros sostener el paralelo con otras en que teniendo el arte ancho campo, no ha sido comprendido ni respetado del mismo modo.

Tales son, á nuestro juicio, los nombres verdaderamente merecedores que la clase XXII en su categoría de los bronce de arte, puede y debe reivindicar altamente como que representan estas tres cosas que acabarán por ser la condicion exclusiva de la admision en toda exposicion universal, á saber: novedad en las obras, progreso patente y perfeccion realizada. P. A. R.

Revista de la moda.

SUMARIO.— Las fiestas y la coquetería. — Riqueza de los prendidos á la moda. — Los adornos de los vestidos. — Collares y cinturones. — Un traje de tul de Bruselas. — Dos palabras acerca de las hechuras. — Los trajes de vestir. — El nuevo color granate. — Los adornos de flores en los vestidos. — Los abanicos y los perfumes. — Descripción del figurin de este número, que representa dos trajes á la última moda.

Los ilustres visitantes que recibe Paris retrasan este año

la salida para el campo de las principales familias francesas y extranjeras.

Las fiestas se suceden sin interrupcion, y mientras los soberanos debaten altas cuestiones, mientras recorren caminos sembrados de flores, las señoras de la corte no tratan mas política que la de la coquetería, política rodeada de nubes de gasa y de torrentes de perlas.

Sí, amadas lectoras, los vestidos que se hacen actualmente son todos resplandecientes, y en prueba de ello vamos á principiar esta revista hablando de los adornos.

El azabache blanco y negro representa el principal papel en estos ornatos.

Se hacen preciosas pasamanerías mates muy finas, y tambien guarniciones llenas de arracadas y trenzas de azabache recortado.

La boga en estas guarniciones, corresponde á los cinturones y á los collares.

Así, hemos visto el collar estrellado que describe tres hileras de una labor calada, y se prende en cada hombro por tres estrellas.

Solo con este adorno se hace un vestido originalísimo.

Luego viene el collar imperio, que tambien es calado, con colgajos de azabache.

Cada uno de estos collares tiene un cinturon por el mismo estilo.

El cinturon indio, de pasamanería calada, remata, así como el collar, por largos tubos de azabache muy sólidos, que pasan por una gruesa trencilla.

Los cinturones de pasamanería ligeramente sembrados de azabache, serán preferidos á los que se llaman de grano grueso este verano.

Las telas *brochées*, muy en moda actualmente, nos llevarán sin duda á las pasamanerías en relieve y á los bordados, pero no destronarán las guarniciones de azabache.

Entremos ya en la descripción de vestidos, y principie mos por uno de baile.

Este traje es de tul de Bruselas, todo abullonado en el sentido vertical, con rica separacion de entredos de paja en cada bullon. El bajo de la falda se termina por un pequeño rizado; un ramillete de espigas fija un gran cinturon de tul bordado de paja. El cuerpo, escotado, es redondo y va guarnecido con un pequeño plastron abullonado: un bullon cubre el alto del brazo.

Vemos pues que en la hechura no hay ningun cambio, y en efecto, los vestidos siguen componiéndose, los unos de dos telas de seda diferentes, con simulacro de dos faldas, y los otros, los de telas ligeras, tienen verdaderamente dos faldas.

Estos últimos se llevan siempre con costuras cortadas al sesgo, pocos pliegues en el talle, y á veces no tienen ninguno cuando son de seda enteramente.

Los trajes de baile no absorben sin embargo la atencion, hasta el punto de que no se piense en los de vestir.

Para los vestidos serios tenemos hoy un nuevo color granate, que es muy distinguido y sienta perfectamente.

Citemos pues, trajes de vestir.

En primer lugar, un traje con bajo de falda de poul de seda con rayas rosadas y blancas figurando otra falda.

Este bajo de falda se dispone al sesgo. El alto es de poul de seda rosa liso, cortado á ondas ambas, fijadas sobre los rayados al sesgo.

Al borde de estas ondas, fruncidos de muselina de seda, que llevan cada uno una roseta de raso rosa.

Se sobreentiende que el alto de esta falda debe formar en la parte baja el contorno de una túnica, y por consiguiente, se encuentra largo por detrás.

Por delante el espacio de las rayas debe tener de 35 á 40 centímetros de altura, partiendo de la aplicacion de las ondas.

Sobre los lados baja una escala de ondas de raso rosa, con lazo de puntas de muselina de seda.

De esta parte de la falda depende, del mismo patron, un corselete dentado de arriba y cortado en corazón en medio.

Las ondas están orladas de fruncidos de muselina de seda rosa, con una rosetita de raso entre cada onda.

En el alto del corselete, poul de seda de rayas formando cuerpo montante.

Mangas justas al brazo, cortadas al sesgo y guarnecidas sobre el lado de fruncidos de muselina de seda, con rosetitas de raso rosa.

Otro traje mas serio es del nuevo color granate, de poul de seda.

La falda, muy original, está abierta por cada paño en el bajo, sobre una altura de 30 centímetros.

Esta abertura está ajustada sobre raso gris, perlado de azabache, cortada á ondas sobre los lados y orlada de azabache.

Por arriba borla de perlas y seda granate.

El cuerpo es de pequeña faldeta granate, que no tiene mas de 15 centímetros de alto, y forma punta-chal por detrás y punta-chal por delante sobre cada lado. Estas puntas, ondeadas en los bordes, se fijan sobre raso gris y acompaña á cada una una arracada de azabache.

La parte de raso gris ofrece en medio una altura de 25 centímetros, y disminuye gradualmente subiendo sobre las caderas, hasta que se queda en 10 centímetros, para volver á 25, á continuacion de las puntas, en las que rematan los delanteros. El borde del raso gris tambien está ondeado, y luego el fondo está sembrado de perlas de azabache, como el bajo de la falda. En cada punta gris, arracada-cequí de azabache.

Las costuras de los hombros parece que no están cerra-

das, sino que se unen sobre una ancha banda de raso gris, por medio de botones-cequíes de azabache, fijados en una de las partes granate ondeadas que forman el cuerpo. Este patron es el del medio de la espalda, ondeado sobre el hombro. El correspondiente, ondeado tambien, que forma paralelo, es el patron del delantero del cuerpo.

De esta manera se obtiene una série de rombos con fondo de raso gris sobre cada hombro.

El medio del delantero cierra igualmente sobre rombos gris y forma calados sembrados de botones-cequíes.

La manga es doble.

La primera, estilo edad media, está ondeada sobre los lados, pero no recortada por abajo.

Se puede, si se quiere, retener la manga granate sobre la primera por medio de cequíes de azabache colocados en algunas puntas correspondientes.

De este modo forma la manga La Vallière, y cuando se deja flotar, la manga Page.

Otro traje es de gasa de Chambéry, de rayas blancas y malva sobre otra falda blanca de tarlatana.

La falda es de cola con costuras al sesgo, cubiertas cada una con un sesgo de poul de seda malva, formando cresta mucho mas angosta por arriba que por abajo.

Un cordon de violetas va cosido al borde de cada cresta por fuera y sobre la misma costura.

Cada florecilla tiene un cáliz de perlas blancas.

El cuerpo de gasa, es montante.

Mangas cortadas á puntas muy agudas y flotantes.

Todo al rededor sesgo malva, orlado de violetas.

Mangas interiores de tarlatana, listadas de entredos de rico guipure.

La gran novedad en los trajes de vestir es el adorno de flores. Así á este último que acabamos de describir se le añade un cinturon, corselete del mismo estilo, todo orlado de violetas y cerrado por un ramillete de las mismas flores.

Un pequeño paletó de la misma tela y orlado de anchos sesgos guarnecidos de violetas, completa el traje.

Cada traje de estos exige un abanico en armonía con la tela y el estilo.

Así es, que en el dia se hacen abanicos para traje ligero, para traje de campo, para baile, para comida de ceremonia; en suma, una señora necesita actualmente una verdadera coleccion de abanicos.

Y ya que tratamos de accesorios, no nos olvidemos del importante ramo de la perfumería, en el cual tenemos que citar la casa Guerlain, de la calle de la Paz, que es donde se encuentran siempre los productos mas nuevos y exquisitos.

Ahora para concluir hé aquí la descripción de nuestro figurin, que representa dos trajes á la última moda.

El primero se compone de una falda de tafetan encarnada, guarnecida de dos volantes puestos sin ondulacion, y de otra falda de tafetan gris sin cola.

Esta segunda falda, como la primera, no lleva pliegues en el talle; además, es mas corta y su orla ondeada está guarnecida de borlitas de azabache. El cuerpo es alto y ajustadas las mangas.

A cada lado de la falda gris hay una banda de *crevés* encarnados con lista negra. El mismo adorno guarnece la sisa y el bajo de las mangas.

Una esclavinita-cuello de tafetan encarnado va fijada con botones de azabache. Cuello y mangas bordados, tocado compuesto de un velo *catalana* sostenido con un alfiler de azabache. Guante de cabritilla.

El segundo traje se compone de una falda de tafetan azul guarnecida con un pequeño volante rizado y con sesgos de tafetan blanco. Segunda falda de cola que se queda corta y abierta sobre el delantero. El borde es ondeado. Los dos delanteros rematan en un sesgo de tela que sostiene un pequeño plegado. Una franja guarnece el sesgo en su parte inferior.

Cuerpo alto abierto sobre viso azul, guarnecido de sesgos blancos. Sesgos por adorno. Cuello y mangas bordados, y guante de cabritilla.

M. P.

Las consejas de Schiraz.

(Continuacion.)

» Al oír esas palabras, fué sumo el placer de Hasan; por fin habia encontrado un amigo de su opinion, un hombre cuyo pensamiento era el eco del suyo. En vano el desconocido peregrino trató de marcharse; fueron tantas las instancias del hadji, que el viajero tuvo que seguirle á su casa.

» — Hé aquí, dijo el viajero al entrar, objetos que podrian satisfacer á la crédula y codiciosa multitud de los hombres: numerosos criados vestidos con magnificencia, muebles de mucho valor, perfumes que están quemando en vasos de oro y alabastro, alfombras de Schiraz, mesas de sándalo, y si no me engaño, copas que ya están llenas de la divina bebida de Erzerum. Segun el sentir de los hombres, esto seria la riqueza y la felicidad; pero vos pensais mejor, conoceis la fragilidad de estos bienes, y los despreciais.

» — No hay duda, exclamó con aire triunfante el dueño de la casa: habeis adivinado mi pensamiento; un terremoto, un incendio pueden hacerlo desaparecer todo;

se acerca la muerte que me privará de ello; una enfermedad puede imposibilitarme su goce. Y además, ¿ignoro acaso que mientras estoy viviendo en la abundancia, millares de mis semejantes se están muriendo de hambre? ¡No bastará este pensamiento para emponzoñar todos mis placeres!

» Discutiendo así, los dos filósofos fumaron el tabaco de Persia, y refrescaron sus elocuentes labios probando uno ó dos albéchigos del Korasan. Alentado por su convidado y nuevo amigo, Hasan-Ben-Hasan se mostró más pródigo que nunca de fúnebre elocuencia y brillante melancolía. Sin embargo, el rostro del peregrino, tan bien acogido por el feliz Anatolio, tenía una expresión sosegada y fija, verdaderamente singular; los negros ojos del extranjero se clavaban en el orador y le penetraban, por decirlo así, con sus rayos ardientes y severos. Hasan se detenía entonces como sobresaltado, y no continuaba su ditirambo filosófico hasta que asomaba una leve sonrisa en los inflexibles labios del viajero.

» En medio de la más brillante metáfora que hubo Hasan inventado contra la tiranía de las preocupaciones y la ciega sumisión á las doctrinas recibidas, una nube de esclavas se precipitó bailando en la sala donde estaban los dos filósofos. El aire sosegado y pensativo del extranjero no denotaba placer ni admiración, y sus ojos estaban fijos en el cielo; al través de una estrecha ventana, veíase formarse una borrasca, con los vapores que se iban amontonando y algunos relámpagos que se cruzaban. En vano Hasan-Ben-Hasan le hacía reparar las animadas figuras del baile oriental que ejecutaban sus esclavas; sus movimientos graciosos, sus curvas voluptuosas, sus ligeros saltos, sus evoluciones, ora graves, ora rápidas y ligeras; sus ricos vestidos, y los diamantes pendientes de sus orejas, menos brillantes que la chispa de sus ojos, nada pudo vencer la distracción del peregrino.

» Al día siguiente los labios del *hadji* estaban secos, sus párpados caían sobre sus cansados ojos; la noche anterior le había dejado un sentimiento de disgustos y melancolía. Encontró al extranjero á la puerta de su cuarto, que con el bastón en la mano se preparaba para partir. Hasan procuraba retenerle, cuando oyeron un gran ruido. Soldados, hombres armados con picas, y el mismo *cadí* estaban á la puerta de su casa. Acostumbrado el *cadí* á beber en la mesa de Hasan del vino que este había prodigado á un desconocido, supo con extrañeza é indignación la acogida que este había dispensado al peregrino, y recordando por primera vez las maldiciones del Profeta, resolvió poner en planta la ley sagrada. Vino él mismo, acompañado de sus guardias, para prender el culpable y restituirle á sus deberes.

» En aquel trance necesitaba Hasan toda su elocuencia; pero enmudeció como asombrado. Haber bebido tanto vino sin convidar al *cadí* era una falta imperdonable; la paliza y la cárcel fueron el castigo del infeliz. Prometiéronle tomarle declaraciones dentro de ocho días. Pasaron seis meses, y todavía estaba esperando; por fin salió de su mazmora molido á golpes, medio cojo, hambriento y condenado á pagar una multa de diez mil piastras. Apenas se vió libre, corrió á su casa. ¿Qué se habían hecho el nácar de perla, los sofás bordados, los vasos de plata que tanto codiciaban los ministros de justicia? ¡Ay! buscó su casa y no la encontró. Vió un pueblecito establecido en sus dominios: una docena de calles, compuestas de casitas bajas, ocupaban el lugar de su parque: volaron los pabellones, los baños, los jardines. Sus cuatro mujeres, sus veinte y cinco bailarinas, sus caballos árabes, todo había desaparecido: ¡pobre Hasan!

» Sufrió su desgracia como la mayor parte de los filósofos; ora furioso, ora melancólico, bañando con sus lágrimas su barba venerable, maldiciendo al *cadí* y á todos los *cadíes* de la tierra. En fin, cansado de maldiciones y clamores, se embozó y se durmió; pero despertó en seguida á causa de un golpe que le dieron en el turbante. Al volverse, vió al peregrino que estaba en pie á su lado.

» — Vamos, le dijo este, ¿os pareceréis á todos los necios de que está llena la tierra? ¿Dareis importancia á una cosa que no vale nada? Valor y juicio, amigo mío, vuestros criados os engañaban, vuestras mujeres os detestaban, y aunque no reñían públicamente, estaban prontas á envenenarse unas á otras. El vino excelente que bebíais perjudicaba á vuestra salud, y exponía á las reprensiones del *cadí*. ¿Qué habeis perdido?

» — ¿Qué he perdido? Cuanto da valor á la existencia.

» — ¡Bobería! Estais algo más flaco; así no tendreis la gota: ¿teneis hambre?

» — ¡Oh! ¡mucha, mucha!

» — Pues bien, permitid que os obsequie á mi vez; sentémonos aquí. Si no me engaño, éste fragmento de mármol indica que estamos en el mismo lugar en que se alzaba vuestro kiosco. Aquí fueron los lugares que habitábais, el teatro de vuestros placeres y festines. Pongamos sobre esta roca dos tortas de Khorasan que traigo en mi zurrón, y este frasco de vino común, que supongo no rehusareis.

» Hasan aceptó de muy buena gana. Rompió con sus hambrientos dientes esas tortas duras como una piedra, y bebió apaciblemente el ácido licor que le presentaba su amigo.

» — ¿Qué tal? le dijo el extranjero; ¿cómo encontráis estos manjares? ¿No os parece que el apetito es un guiso maravilloso? ¿qué decís del banquete del desierto?

» — Que es delicioso, amigo mío; pero ahora ¿qué haré? Despojado de toda mi fortuna, ¿á dónde dirigiré mis pasos? ¿Iré á habitar en medio de los dervises en la cordillera del monte Tauro? Responded; dadme vuestro parecer.

» — No sería esta una mala idea, y veo que os acordais de los consejos de vuestra antigua filosofía. Esos ladrones sagrados que, según deciais seis meses atrás, devoran la sustancia del mundo, saben reservar para sí el goce de todos los placeres; los mejores manjares, los más deliciosos sorbetes y las sombras más halagüeñas están reservados para ellos. Pero ¿consentiríais en bajar de la gerarquía de filósofo á la de dervis? no, no lo creo, mejor podéis hacer. Yo me quedo filósofo observador, y parto á Abisinia.

» — ¡Partís! exclamó Hasan con una voz débil que indicaba la necesidad que tenía de dormir: porque el vino ácido que acababa de beber había producido en él la misma impresión que causaría el vino de Chipre en un voluptuoso extenuado. ¡Partís ya!

» — Escuchad mi consejo, replicó el extranjero, y acordaos bien que, después de haber sido víctima de un poderoso, lo que más debéis temer es pisar el mismo suelo que él. Destruyendo su víctima, ahoga todos los recuerdos que le inspira su injusticia. El *cadí* os ha perseguido por tres motivos. El primero, porque es un infame; el segundo, porque tiene mando; y el tercero, porque es turco de Constantinopla, y vuestro natural enemigo. ¡Lamentaos, como una mujer apocada de males que no tienen remedio! Tal vez si no abandonais la Anatolia, dentro de ocho días no podreis contaros entre los habitantes del globo. Os lo repito, parto á Abisinia.

» — Todas las regiones del mundo son indiferentes para el que nada posee; voy con vos, y no os pido más que un cuarto de hora para dormir.

» — No os lo concedo. Vos nada teneis; es la mejor situación para un viajero: no temeréis ni á los árabes ni á los Palicaros. Vamos pronto, en vez de dormir. Lanzad vuestro anatema á ese viejo traidor; dejad vuestro menosprecio al suelo nativo y á vuestros conciudadanos, que no han podido comprenderos ni defenderos. Tiempo tendremos para despreciar al género humano y reírnos de sus miserables destinos.

» Nuestro *hadji* estaba atónito al oír tales palabras. No podía concebir por qué extrañaban su dolor y le mandaban que lo abandonase. Según él, ningún mortal había sido más completamente apaleado, torturado y ultrajado. No concebía cómo unos sucesos tan terribles y calamidades tan graves podían mirarse con tanta indiferencia. Pero en la voz de su guía, en sus discursos, y en su presencia había un magnetismo imperioso que se apoderaba de Hasan, y que levantando, por decirlo así, el peso de su alma abatida, decidía de todas sus acciones. Conoció por la primera vez de su vida que no era tiempo de pensar, sino de obrar. Se arregló los trozos de su vestido, brillante en otro tiempo, y se puso en camino.

» — Hemos padecido muchas fatigas, dijo el extranjero á Hasan, cuando estaban casi al fin de su viaje; pero en fin, el cielo nos recompensa. Vuestro pensamiento dominante era encontrar el origen del gran Nilo; queríais descubrir la misteriosa cuna del grande río. Todo el viaje me habeis hablado de su origen y grandeza. ¡Pues bien! vamos á tener esta gloria. Lo que no han podido descubrir cuarenta siglos y todas las conjeturas de los filósofos va á ofrecérsenos á la vista; las fuentes del Nilo están á nuestros pies.

» El pobre Hasan apenas podía andar; sus pies estaban llenos de sangre, la arena reducida á polvo le había privado del uso de la vista; su cabellera había caído bajo el ardor de un cielo parecido á un horno de hierro caldeado. Apenas le quedaban algunos miserables andrajos.

» — No puedo dar un paso más, exclamó; mis fuerzas están apuradas; prefiero morir al pie de esa colina.

» — ¡Cómo! ¡vos, amigo de la gloria, vos que habeis hecho la peregrinación de la Meca! Animo, Hasan, y tendreis á vuestra presencia el objeto de vuestros deseos.

» Adelantóse con mucha pena. Los cactus de espinosas ramas se extendían por todas partes y oponían á los viajeros una valla armada de puntas. Una bárbara sonrisa asomaba en los labios del extranjero, quien no obstante ayudaba á su amigo á trasponer los precipicios y á desembarazarse de los abrojos y espinas que le interceptaban el paso. Por fin, encontróse el *hadji* en la orilla de las sagradas fuentes, abatido y rendido á la fatiga. Guardó un momento de silencio, y después dando un profundo suspiro, exclamó:

» — ¡Gran Dios! ¿Es ese el término de nuestras indagaciones? ¿Es ese el fin de la ambición humana, el objeto de tantas meditaciones é infructuosos viajes? ¿lo que nos ha costado seis meses, nuestra salud y casi la vida? ¿Dos lagunas de agua corrompida que apuraría un camello para apagar su sed! ¡Malditas seas, fuentes llamadas sagradas y divinas! No hay más que charlatanismo y engaño, ya lo estoy viendo, tanto en la gloria como en la religión, así en la devoción como en la ciencia. ¡Río venerado por los tontos, yo te maldigo!

» Sin duda que encontraréis cierto viso dramático en esa imprecación pronunciada por un mendigo con su larga barba, sentado junto á las fuentes del Nilo. Pero unos cincuenta hombres negros como el ébano, y que escuchaban atentamente el anatema lanzado por nuestro héroe, estaban lejos de pensar que el mérito de la elocuencia ó lo pintoresco de la situación justificasen tamaña impiedad. Examinaban sus fusiles, miraban la

punta de los puñales, y se consultaban acerca de lo que debían hacer; por fin se echaron sobre el pobre Hasan y le condujeron ante el magistrado de Gondar. Debía responder del mayor de los delitos que habían inventado los hombres: el sacrilegio. Maldecir el Nilo era un crimen más grave que el matar á su padre; ¡el Nilo, el rey de los ríos, objeto del pasmo del mundo, el rey y dios de Abisinia! La justicia era expedita en esas regiones; tan solo, por un rasgo de clemencia, permitieron al condenado escoger la clase de muerte que más le conviniese. Podía, según eligiera, ser empalado, quemado vivo, enterrado en la arena hasta el cuello, expuesto á la voracidad de los mosquitos, ó finalmente ser cazado como una fiera para diversion del príncipe de los Agos, cuyas bodas debían celebrarse, y que era muy aficionado á cazar hombres.

(Se continuará.)

La fiesta del Hotel de Villa.

La municipalidad parisiense tiene el glorioso privilegio de recibir á los soberanos huéspedes del emperador que vienen á visitar la capital de la Francia, y aun se recuerdan las fiestas dadas en honor de la reina de Inglaterra, del rey de Italia, del rey de Portugal, del rey de Baviera, y recientemente aun del rey de los belgas.

La fiesta del sábado 8 ofrecía una nueva solemnidad por la augusta presencia de varios soberanos, y la municipalidad ha podido ver reunidos en sus salones á los siguientes:

Su Majestad el emperador de Rusia; S. M. el rey de Prusia; S. M. el emperador; y S. M. la emperatriz; Su Alteza Imperial el *czarewitch*; S. A. I. el gran duque Vladimiro; S. A. I. la gran duquesa María; S. A. I. el duque de Leuchtenberg; S. A. I. la princesa Eugenia de Leuchtenberg; S. A. I. la princesa Matilde; Su Alteza Real el príncipe de Prusia; S. A. R. el príncipe Luis de Hesse; S. A. R. la princesa Alicia de Hesse; Su Alteza el príncipe de Sajonia-Weimar; S. A. el príncipe Federico de Hesse; S. A. el duque de Mecklenburgo-Strelitz; S. A. la princesa L. Murat; S. A. I. el hermano del taicun; S. A. el príncipe Joaquín Murat.

Celosa la villa de París de corresponder dignamente al honor que se le hacía, había realizado prodigios de magnificencia. No es posible dar una descripción completa de esta fiesta.

Los arbustos, las flores, las plantas trepadoras de todo género se habían dispuesto con un gusto exquisito y una inaudita profusión en las escaleras, los vestíbulos, las galerías superiores, las conchas de las fuentes y hasta en los canales del patio de Mármol. Cascadas de agua espumosa refrescaban los salones donde en la estación actual habría sido sensible un calor excesivo.

Los convidados llegaban, como de costumbre, por la sala San Juan; pero la puerta principal se hallaba reservada á Sus Majestades, á los príncipes y princesas y á las personas de su comitiva, al cuerpo diplomático, á los altos dignatarios, á la corporación municipal, etc. A esta entrada precedía una sala de guardias construida delante del edificio, y de ella se pasaba á la escalera Enrique IV, que conduce al patio de Mármol, el cual había sido transformado en vestíbulo de proporciones monumentales.

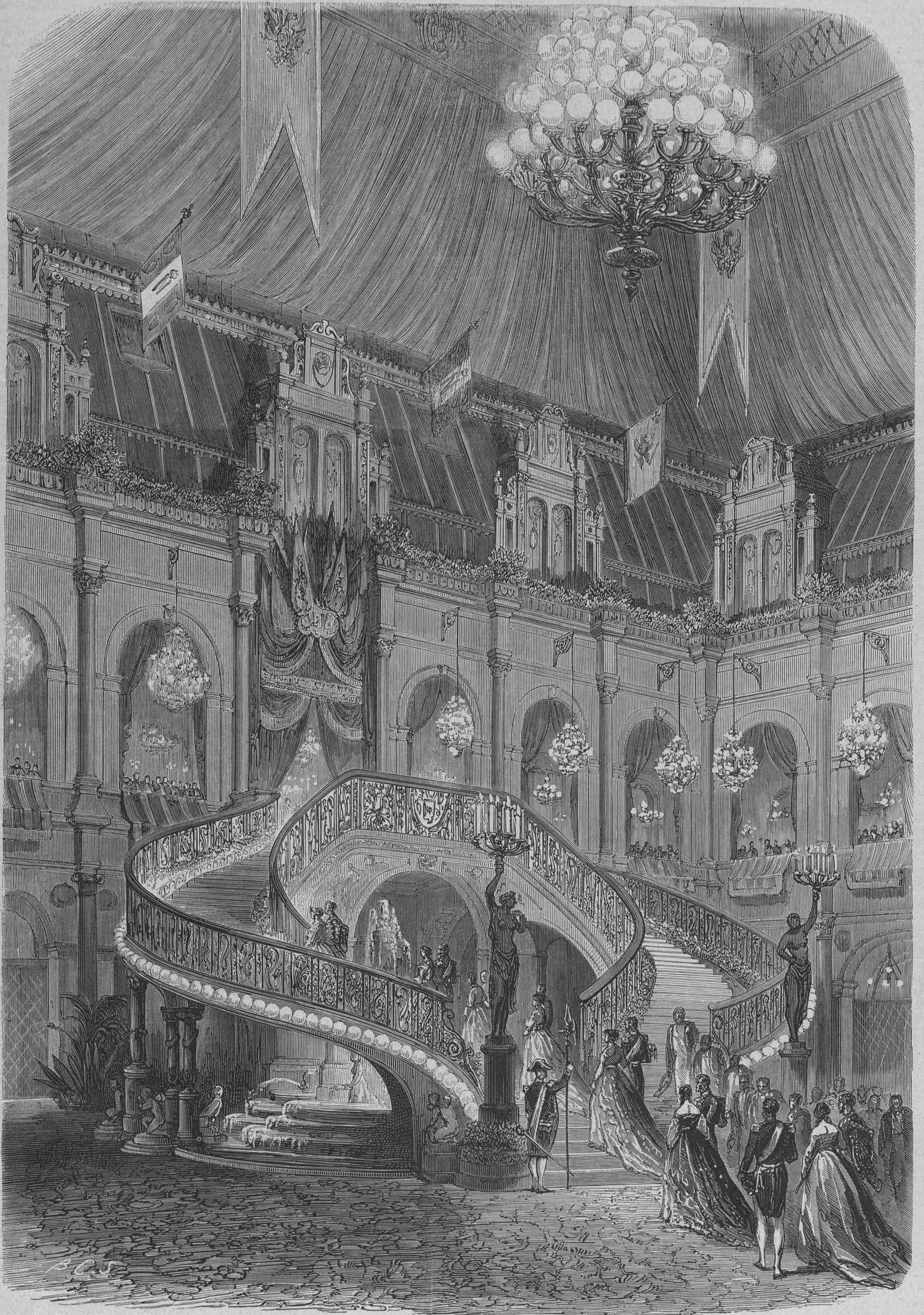
Una araña que bajaba de un inmenso *velum* rosa que ocultaba enteramente la techumbre, con otras arañas que había en las ventanas, esparcían una abundante luz sobre la maravillosa decoración del patio. A la derecha y á la izquierda del peristilo había coros y orquestas. La escalera circular, cuya doble rampa deja distinguir la perspectiva de la sala San Juan y del gran vestíbulo que precede á las escaleras de la sala de las fiestas, conduce á la sala de sesiones del consejo, que había sido dispuesta en primer salón, donde las señoras del cuerpo municipal, que llevaban en el hombro izquierdo la joya con las armas de la villa que les sirve de insignias en las grandes ceremonias, esperaban á Sus Majestades.

En la sala de las Cariátides, que es la que sigue, esperaban los príncipes, princesas, embajadores y embajadoras. Esta sala está suspendida sobre las grandes escaleras. Dos grandes aberturas practicadas á derecha é izquierda permitían ver subir por las escaleras, adornadas de arbustos y plantas tropicales, una muchedumbre elegante. Por tres grandes arcos comunica con la gran galería de las fiestas, en medio de la cual había, debajo de un dosel de terciopelo encarnado forrado de raso blanco y oro y que tenía encima las coronas imperiales y real, el trono de SS. MM. y los asientos de los príncipes y princesas que les acompañaban.

A fin de facilitar la circulación en esta sala habían construido exteriormente una galería longitudinal un poco alta, también adornada ricamente con flores y con espejos que, colocados al frente de cada una de las ventanas de la gran galería, prolongaban las perspectivas.

Ocho mil personas circulaban fácilmente en todos sentidos en el palacio municipal, abierto á los convidados excepto el salón de la Paz reservado á la cena de los soberanos y dos piezas contiguas donde había *buffets* especiales para los dignatarios que no podían tomar asiento á la mesa imperial.

Como de costumbre había grandes *buffets* para los convidados en distintos puntos del palacio.



Fiesta del Hotel de Villa. — Llegada de SS. MM. el emperador de Rusia, el rey de Prusia, el emperador Napoleon y S. M. la emperatriz por la escalera de honor.

La llegada de SS. MM., que las aclamaciones de la muchedumbre habian señalado ya al exterior, se anunció á las diez y media; y al punto el prefecto del Sena y su señora la baronesa Hausmann bajaron al pié de la escalera de Enrique IV, donde se hallaban ya el prefecto de policía y el presidente del Consejo municipal para la recepcion. Precedieron pues á Sus Majestades en el patio de Mármol donde fueron presentados los miembros del cuerpo municipal, y despues de haber subido la escalera de honor, SS. MM. entraron en el primer salon donde tuvieron efecto las presentaciones de señoras.

Sus Majestades entraron despues en la sala de las Cariálides, donde recibieron los homenajes de los príncipes, princesas, embajadores y otros altos personajes que allí les esperaban.

Poco tiempo despues se abrieron las cortinas que cierran los tres arcos por donde esta sala comunica con el centro de la gran galería, y SS. MM. se dirigieron hácia sus tronos, en tanto que la orquesta ejecutaba el himno nacional ruso. Sus Majestades el emperador de Rusia y el rey de Prusia ocupaban el centro del estrado; S. M. el emperador estaba al lado del emperador de Rusia, y Su Majestad la emperatriz al lado del rey de Prusia. Los demás príncipes y princesas tomaron asiento, segun su categoría, á derecha é izquierda, ó detrás, y en el fondo del estrado estaban en pié las personas que componen los servicios de honor de SS. MM. y de los príncipes y princesas.

Los embajadores estaban á la derecha, y las embajadoras á la izquierda de los príncipes y princesas de las familias imperiales y reales. La contradanza de honor se componia así:

- 1º El gran duque heredero con la princesa Luisa de Hesse; la princesa Eugenia con el gran duque Vladimiro.
- 2º El duque de Luchtemberg con la princesa Augusta; la duquesa de Mouchy con el príncipe Luis de Hesse.
- 3º El príncipe Federico de Hesse con la mariscalca Canrobert; la señorita Rouher con el príncipe de Sajonia-Weimar.
- 4º El príncipe de Mecklemburgo con la señora Fleury; la señorita Vuitry con el príncipe J. Murat.
- 5º El príncipe Aquiles Murat con la señorita Luisa Barröt; la señorita de Budberg con el vizconde Pernety.

Su Alteza Imperial la princesa Matilde se dignó tomar parte en la segunda contradanza.

Sus Majestades permanecieron un rato mirando los bailes animados por la orquesta de Strauss, y luego, dirigidos por el prefecto del Sena, dieron una vuelta á los salones en medio de las aclamaciones de los convidados que se apiñaban á su paso.

Su Majestad el emperador de Rusia fué saludado especialmente por los vitores de la multitud, que protestaba así contra un execrable atentado. A eso de las doce entraron Sus Majestades en el salon de la Paz, donde habian puesto para la cena de los soberanos una mesa á la que fueron llamados á tomar asiento Sus Majestades los príncipes y princesas, los embajadores, los ministros de Negocios extranjeros de los tres soberanos y los miembros de la familia del emperador.

La mesa formaba un gran cuadro, y en ella estaba el gran centro de la Villa, magnífico adorno, al que acompañaban hácia los cuatro ángulos algunas piezas secundarias. Así se podia juzgar el conjunto de esta magnífica obra de arte.

Concluida la cena,



Los jóvenes compositores Antonina y Enrique Perry.

Sus Majestades se retiraron á la una y media con el mismo ceremonial que á su llegada.

Los convidados, que se agolparon en el patio de honor, saludaron la partida con aclamaciones entusiastas.

No hay para qué añadir que todas cuantas ilustraciones francesas y extranjeras habia en Paris asistieron á esta magnífica fiesta que se prolongó hasta la madrugada. M.

Los jóvenes compositores Perry.

Hace algunos dias nos encontramos en una reunion en presencia de una niña muy amable y graciosa, y cuya animada conversacion trataba de todas las cuestiones de literatura y bellas artes. Un joven, ó por mejor decir, un niño tambien, se acercó á ella, la tendió la mano con una sonrisa, y entrambos se dirigieron hácia el piano. Despues de haber tocado un wals brillantísimo á cuatro manos, comenzaron, acompañados por M. Sauzet, un terceto que me pareció á mí una de las primeras obras de Mozart en su juventud. Hice esta observacion á un amigo que, conociendo ya á los jóvenes ejecutantes, me sacó de mi error. El terceto era composicion de aquel joven que se llama Enrique, y su hermana Antonina Perry-Biagioli. Uno y otro son compositor y poeta. Antonina Perry-Biagioli recitó algunos momentos despues unos bonitos versos. Parece ser que desde los mas tiernos años se reveló en el hermano y la hermana esta doble vocacion artística.

A diez años, Antonina Perry ponía en música sus poesías; y á los nueve años, su hermano hacia oír en la sala Herz una escena lírica muy aplaudida. Entrambos han escrito en colaboracion una misa que fué ejecutada en Paris en la iglesia de San Vicente de Paul. Su joven musa, severa ya en la edad de la risa, se aplicó muy luego á un género menos imponente, menos grave. Enrique y Antonina han escrito una lindísima ópera cómica representada en la sala Beethoven, y que se titula: *los Marineros del Formidable*.

Creemos que estos dos jóvenes talentos, célebres ya, están llamados á producir obras musicales muy notables, y á conquistarse un dia un puesto eminente en las primeras escenas líricas. M. S.

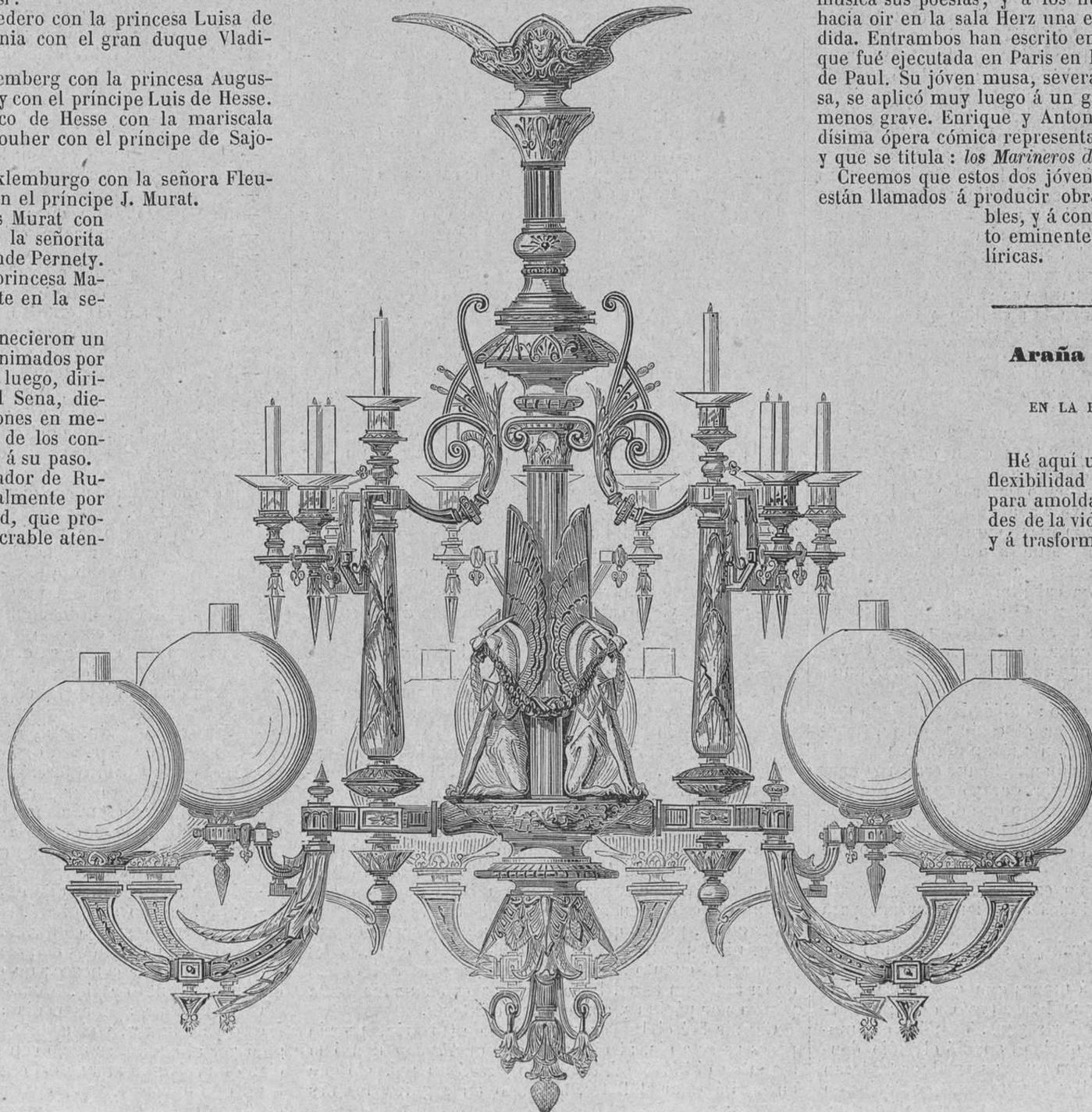
Araña de estilo griego

EN LA EXPOSICION UNIVERSAL.

Hé aquí una nueva prueba de la flexibilidad de la industria parisiense para amoldarse á todas las necesidades de la vida elegante y confortable, y á trasformar hasta los utensilios domésticos y los aparatos de consumo en objetos de arte y obras de gusto.

El alumbrado por el gas no se ha contentado con pasar de los establecimientos públicos y de las tiendas al vestibulo, la escalera y cocinas de las casas, sino que ocupa hoy el interior de las habitaciones, y si algunas de sus propiedades, como su radiacion y su fuerza de calórico, le prohiben todavia una estancia fija, ya sin embargo, en los salones y en los comedores, gracias á la habilidad de la ciencia y á los descubrimientos de la fabricacion, se prefiere al aceite.

La araña griega de M. Goelzer, á quien



EXPOSICION UNIVERSAL. — Aparatos de alumbrado por el gas. Araña de estilo griego.

hemos nombrado ya en su lugar correspondiente y en este mismo número, nos ha parecido digna de un dibujo especial bajo este doble concepto de progreso en la utilidad y de belleza en la ejecución. Elegida por su autor en una serie tan numerosa como pintoresca de modelos para figurar en la Exposición, esta araña representa á una gran casa industrial, al mismo tiempo que satisface todas las exigencias del mueblaje y las necesidades del alumbrado particular que le conviene.

Ancha, esbelta, armoniosa, apreciable en todas sus partes, grande y sencilla como todo lo que imita antiguas formas, recuerda por la curva de sus follajes y el gracioso trabajo de sus acantos,

Et mollis circum est ansas amplexus acantho,

las bellas ondulaciones de las nervaduras plásticas y los estilobatos de quimeras de la colección Campana, al propio tiempo que sus medias-cañas de tono oscuro, su medallón colgante de cabeza de mujer y su concha formando soporte, se combinan con las líneas de los brazos y los óvalos de los reflectores, de modo que no dejan perder ningún detalle de dibujo ó de cincelado.

Esto en cuanto al arte, y ahora en lo que concierne al uso, realiza la solución buscada hace tanto tiempo por los inventores y hallada por M. Goelzer, del problema de la economía del combustible combinada con una mayor intensidad de luz, gracias á un ingenioso perfeccionamiento del mechero en abertura y con agujeros, union y fusión de los dos sistemas de la lámpara Argand y de la lámpara Davy. Alumbrar sin que la luz arroje un calor excesivo, tal es, en efecto, el fin que debe proponerse el fabricante de toda clase de aparatos de alumbrado.

P. A. R.

Oliverio.

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuación.)

Después del almuerzo el complaciente viejo y los dos jóvenes se entregaron á un juego curioso y entretenido: hé aquí en qué consistía: el judío metió una petaca en uno de los bolsillos de su pantalón, un libro de memorias en el otro, y en el bolsillo de su chaleco un reloj atado con una cadena muy fuerte que llevaba pendiente del cuello; clavó un alfiler de brillantes en la pechera de su camisa; abrochóse la levita hasta arriba, y metiéndose en los bolsillos de esta un pañuelo y un carterá empezó á pasearse á lo largo de la habitación con un bastón en la mano, como suelen llevar los ancianos cuando van de paseo. Parábase unas veces delante del fuego y otras á la puerta, como si estuviera contemplando el mostrador de las tiendas; y al observar las miradas de los muchachos examinaba todos sus bolsillos el uno después del otro, para ver si había perdido alguna cosa, todo con un aire tan cómico y natural que Oliverio reía á carcajadas. Los dos jóvenes le seguían de cerca, y cada vez que él se volvía, evitaban sus miradas con tanta ligereza que era imposible seguirles los movimientos. Por fin el *Truhan* se dirigió hacia él de frente, mientras que Charlot le quitaba por detrás en un abrir y cerrar de ojos, petaca, carterá, reloj, cadena, alfiler, pañuelo de bolsillo y todo cuanto llevaba, haciendo desaparecer los objetos con una rapidez asombrosa. Si el viejo sentía la mano dentro de sus bolsillos, decía en cuál de ellos, y volvía á empezarse el juego de nuevo. Cuando hubieron jugado muchas veces á este juego llegaron dos señoritas que iban al parecer á visitar á los jóvenes: llamábase la una Betty y la otra Nancy: ambas tenían una cabellera espesa pero poco arreglada, y su traje era bastante pobre: sin ser precisamente bellas tenían la mirada expresiva, resuelta y descarada, y como sus maneras eran agradables, Oliverio pensó que serían muy amables, y sin duda no se equivocaba.

La visita duró largo tiempo: habiéndose quejado una de aquellas jóvenes de tener el estómago frío, trajéronle licores y la conversación fué animándose poco á poco. Por fin Charlot Bates manifestó que era ya la hora de jugar al escamoteo, y Oliverio creyó que esto quería significar en francés, salir, puesto que el *Truhan*, Charlot y las dos señoritas se fueron al instante, teniendo el viejo judío la generosidad de llenarles los bolsillos de oro, para que se divirtiesen.

— Este género de vida no es desagradable, ¿verdad, amigo mío? dijo Fagin. Hélos ahí bien provistos para toda la mañana.

— ¿Han concluido el trabajo, señor? preguntó Oliverio.

— Sí, repuso el judío, á menos que encuentren, por casualidad, alguna cosa que hacer en la calle; entonces no faltarian, puedes estar seguro. Tómalos por modelo, amigo, tómalos por modelo, añadió el judío dando un golpe en la mesa para que sus palabras tuvieran más fuerza: haz cuanto ellos te manden, obedécelos en todo, especialmente al *Truhan*, que es un gran hombre, y él te formará si sigues sus consejos. ¿Se sale mi pa-

ñuelo del bolsillo, amigo mío? dijo Fagin levantándose.

— Sí, señor, respondió Oliverio.

— Trata de cogerlo sin que yo lo observe, como hacian ellos cuando jugáramos esta mañana, dijo el judío.

Oliverio cogió con una mano el extremo del bolsillo, de la manera que había visto hacerlo al *Truhan*, y con la otra tiró con ligereza del pañuelo.

— ¿Has concluido? preguntó el judío.

— Aquí está, señor, dijo Oliverio enseñandoselo.

— Tú eres un buen muchacho, amigo mío, dijo el amable viejo, pasando la mano por la cabeza de Oliverio en señal de aprobación. Yo no había visto nunca un muchacho más hábil: toma, ahí tienes un chelín de recompensa; si continúas de esta manera serás el primer hombre de la época. Entre tanto, acércate y te enseñaré á marcar los pañuelos.

Oliverio se preguntó con sorpresa, qué relación había entre escamotear por distracción el pañuelo del anciano y la broma de que sería un gran hombre: con todo pensó que el judío, atendida su edad, debía saberlo mejor que él, y sin reflexionar más acercóse á la mesa y empezó á dedicarse con ardor á su nuevo estudio.

X.

Oliverio permaneció muchos días en la habitación del judío, ocupado en marcar los pañuelos que en gran cantidad le entregaban, y en tomar parte algunas veces en el juego que hemos descrito y que se repetía ordinariamente todas las mañanas entre el judío y los dos muchachos. Después de algún tiempo empezó á sentir deseos de ir á tomar el aire y pidió muchas veces con instancia al anciano que le permitiera ir á trabajar con sus dos compañeros.

Oliverio deseaba más ir á trabajar porque conocía la severidad del viejo judío. Cada vez que el *Truhan* ó Charlot Bates llegaban por la noche con las manos vacías, les dirigía un enérgico sermón acerca de los inconvenientes de la pereza y de la ociosidad, y para que quedare bien grabada en su memoria la necesidad de ser activos, les mandaba á la cama sin cenar. Y aun algunas veces llevado por el fervor de sus recomendaciones virtuosas, había intentado tirarles por la escalera.

En fin, una hermosa mañana Oliverio obtuvo el permiso que había solicitado con interés: hacia dos ó tres días que no había pañuelos que marcar y las comidas habían sido miserables. Es probable que estos motivos decidieran al viejo judío, puesto que de repente dijo á Oliverio que podía salir, encargando su guarda á Charlot Bates y al *Truhan* su amigo.

Los tres partieron: el *Truhan* con las mangas dobladas y el sombrero encima de la oreja, como acostumbraba; Bates con las manos metidas en los bolsillos y Oliverio entre los dos preguntándoles dónde se dirigían y qué clase de trabajo iban á emprender.

Iban caminando con paso indiferente y con tanta pereza, que Oliverio empezaba á creer que habían salido para engañar al viejo judío y no para ir al taller. El *Truhan* se entretenía en quitar las gorras de los chicos que encontraba y en tirarlas dentro de las tiendas; Charlot Bates por otro lado parecía desconocer toda noción del derecho de propiedad, puesto que escamoteaba de las cestas de los revendedores manzanas y cebollas metiéndolas en sus bolsillos, que eran tan grandes que parecían ocupar la mayor parte de su traje. Parecióle á Oliverio este parecer tan reprehensible, que estaba á punto de manifestar su intención de volverse á casa de la manera que le fuese posible, cuando le llamó la atención la sorpresa del *Truhan* que se paró de repente en una actitud extraña.

Acababan de salir de un pasaje estrecho á poca distancia de Clekenwell, que se llama todavía por un extraño abuso de palabras *la plaza Verde*, y el *Truhan*, agachándose un poco y poniéndose un dedo sobre los labios, hizo seña á sus compañeros para que se separaran con el mayor sigilo.

— ¿Qué hay? preguntó Oliverio.

— ¡Chut! murmuró el *Truhan*, ¿ves ese viejo á la puerta de aquella librería?

— ¿Aquel viejo caballero, al otro lado de la calle? Efectivamente, le veo.

— Vamos á darle que hacer, dijo el *Truhan*.

— ¡Famoso encuentro! añadió Charlot Bates.

Oliverio miró á sus dos compañeros con sorpresa, mas sin dejarle tiempo de preguntar, atravesaron la calle con paso rápido y se pusieron detrás del viejo, que era objeto de su atención. Oliverio les seguía á algunos pasos de distancia, y no sabiendo si él debía avanzar ó retroceder, permaneció inmóvil, con los ojos muy abiertos.

El anciano era un caballero de noble aspecto: su traje consistía en una levita verde botella con cuello de terciopelo negro, pantalón blanco, y llevaba debajo del brazo una caña de bambú. Estaba hojeando un libro, que acababa de comprar, con la misma atención que si hubiese estado en su despacho. Tal vez imaginábase estar en él, puesto que estaba tan absorto que no reparaba, ni el mostrador de la tienda, ni la calle, ni los jóvenes, ni cuanto le rodeaba: era el principal objeto de su atención aquel libro que leía concienzudamente página por página y con creciente interés.

Grande fué el horror y espanto de Oliverio, parado pocos pasos atrás, al observar que el *Truhan* metió la mano en el bolsillo del anciano y sacó un pañuelo que entregó á Charlot Bates, huyendo en seguida los dos precipitadamente.

En un instante el misterio de los pañuelos, de los re-

lojes, de toda la bisutería, y hasta de la existencia del mismo judío, representóse á la imaginación de aquel muchacho. Oliverio se había quedado parado; pero el el miedo calentó tanto su sangre que le pareció estar entre brasas; avergonzado y confuso, no sabiendo casi qué hacer, resolvió escaparse de prisa.

Todo esto fué obra de un minuto; en el instante en que Oliverio emprendía la fuga, el anciano, buscando su pañuelo en el bolsillo y no encontrándolo, volvióse bruscamente y vió al chico que se escapaba. Creyendo que era un ratero, corrió tras él, sin soltar el libro, y empezó á gritar: «¡Al ladrón, al ladrón!»

No estuvo largo tiempo el anciano gritando solo: el *Truhan* y Bates, para no llamar la atención, corriendo á escape, se habían metido en un portal al revolver la calle; pero así que oyeron gritar, ¡al ladrón! y vieron que Oliverio escapaba, comprendieron perfectamente todo lo que había pasado, y como buenos ciudadanos se agregaron á la comitiva, gritando también ¡al ladrón! ¡al ladrón!

A pesar de que Oliverio había sido educado por buenos filósofos, no conocía aquel admirable axioma que dice que la conservación de sí mismo es la primera ley de la naturaleza: si él lo hubiese conocido es indudable que hubiera estado preparado para evitar lo que le acababa de suceder; mas su ignorancia sirvió para que acabara de asustarse, y por esto corría como el viento, perseguido de cerca por el viejo y aquellos dos muchachos.

El grito de «¡Al ladrón, al ladrón!» parece ser una palabra mágica: al oírlo el lonjista deja su mostrador, el carnicero su cesta, el panadero su banasta, el lechero su cántaro, el mozo de cordel su carga, el escolar su juego y el niño su pelota. Todos se lanzan en confuso desorden gritando, atropellando á los transeúntes, excitando los perros y promoviendo una espantosa algarrabía. En calles, plazas y paseos resuena el mismo grito ¡al ladrón, al ladrón! cien veces repetido, y la confusión aumenta á cada instante. Ella continúa su curso; las ventanas se abren y todos salen de sus casas precipitadamente; hasta los *titiriteros* se ven abandonados por sus espectadores en lo mejor de la función.

¡Al ladrón, al ladrón! El hombre tiene siempre el deseo de perseguir cualquier cosa. Un desdichado niño faltó de aliento, ahogado de fatiga, medio muerto de espanto y anegado en sudor, redobla sus esfuerzos para librarse de los que le persiguen; mas se le sigue la pista; á cada momento se gana terreno, y á medida que sus fuerzas decaen los gritos redoblan y los hurras aumentan: «¡Al ladrón, al ladrón, le han cogido!» exclaman todos con alegría; ¡ah! sin duda le han detenido por el amor de Dios, mas que por piedad.

En fin, lo han detenido. ¡Grande hazaña, á la verdad! Se le tiende sobre el suelo y la gente se agrupa á su alrededor, y hasta luchan unos contra otros para verle.

— ¡Despejad!

— ¡Dejadle respirar!

— ¡Maldito, no vale la pena!

— ¿Dónde está el caballero?

— Aquí está.

— Haced paso á este señor.

— ¿Es este el muchacho, caballero?

— Sí.

Oliverio estaba tendido en el suelo, cubierto de lodo y de polvo, echando sangre por la boca y mirando con ojos de espanto á la gente que le rodeaba, cuando el anciano fué introducido en medio del círculo contestando á las preguntas que le dirigían con ansiedad.

— No, dijo el anciano con tono compasivo, me parece que este no es el ladrón.

— ¡Le parece! dijo la gente; ¡qué buen hombre!

— ¡Pobre niño! replicó el anciano, está herido.

— No, señor, dijo un ganapan adelantándose, esto es que yo le he dado un puñetazo, y ciertamente que me he herido la mano con sus dientes; yo soy quien le he cogido, caballero.

Al mismo tiempo se quitó el sombrero y sonrió neciamente esperando recibir alguna recompensa por su trabajo, mas el anciano le miró con disgusto y dirigió á su alrededor una mirada inquieta como si buscara el medio de evadirse. Probablemente lo hubiera conseguido, ocasionando con esto una nueva persecución, si un individuo de la policía, ordinariamente las últimas personas que llegan en semejantes casos, no hubiese penetrado entre el tropel y cogido por el cuello á Oliverio.

— Vamos, levántate, le dijo bruscamente.

— No soy yo, señor, no, os lo juro: son esos dos muchachos, decía Oliverio torciéndose las manos con desesperación; deben estar por aquí.

— ¡Oh! no, ya estarán muy lejos, dijo el agente, que creyendo chancearse decía la verdad, puesto que el *Truhan* y Charlot Bates habían escapado por la primera calle que encontraron. Vamos, levántate.

— No le hagais daño, dijo el anciano con compasión.

— ¡Oh! no, no se lo haré, repuso el agente. Así diciendo, y como para confirmar sus palabras, cogió á Oliverio por sus vestidos desgarrados y le dijo:

— Arriba, ya te conozco; no es á mí á quien has de engañar; pronto de pié, tunante.

Oliverio, que apenas podía sostenerse, hizo un esfuerzo para andar, y el agente, llevándole siempre cogido por el cuello, se alejó con rapidez. Siguióles el anciano marchando al lado del oficial de policía, y la multitud que encontraban se apartaba para dejarles pasar, en tanto que los pilletes lanzaban gritos de alegría siguiendo á los principales actores de aquella escena.

XI.

El delito se había cometido en el distrito y hasta en las inmediaciones de una oficina central de policía bien conocida. La muchedumbre no tuvo, por lo mismo, el placer de escoltar largo tiempo á Oliverio. En Mutton-Hill se le hizo pasar por debajo de una bóveda bastante baja que conducía á un patio muy sucio situado detrás de la sala de la justicia verbal: en aquella habitación encontraron un hombre de elevada estatura con patillas muy grandes y un grueso manojito de llaves en la mano.

—¿Qué hay de nuevo? preguntó con interés.
—Un jóven ratero, contestó el agente de policía que conducía á Oliverio.

—¿Es á vos á quien han robado, caballero? preguntó el hombre de las llaves al anciano.

—Sí, contestó este, mas no estoy seguro de que sea ese muchacho el que me ha quitado el pañuelo. Yo... preferiría que le soltárais; tengo mucho que hacer, y no puedo permanecer aquí.

—Yo he de presentarme á esta hora al comisario, contestó aquel hombre, y por lo tanto vais á quedar libre al instante. Por aquí, bribonzuelo.

Al decir esto, intimó á Oliverio á que entrara en un cuartito, cuya puerta estaba abriendo. Registróse á Oliverio, y despues de no haberle encontrado nada encima, le encerraron con cerrojo dejándole solo.

Aquella pequeña habitación parecía una cueva: era sumamente oscura, y despedía un hedor insufragible: esto acontecía un lunes por la mañana, y habían estado encerrados allá desde el sábado por la noche algunos borrachos: esto, sin embargo, no pasa de ser mas que un detalle, puesto que en nuestras cárceles, hombres y mujeres son encerrados por pretextos los mas frívolos en oscuros y húmedos calabozos, mientras que la prision de Newgate, morada de los mas grandes criminales, condenados como talés á la pena capital, es un verdadero palacio. Si alguien duda de esto, no tiene que hacer mas que dar un motivo para que le metan en ella, y conocerá la justicia de nuestra observacion.

El anciano parecía estar tan afligido como Oliverio, cuando la llave del carcelero giró en la cerradura; y suspirando miró tristemente al libro, causa inocente de todo aquello.

—Hay en las facciones de este muchacho alguna cosa que me interesa, decíase el anciano paseándose solo y acariciando pensativo la cubierta del libro. ¿Será inocente? Así parece... Veamos pues, dijo deteniéndose: ¡Dios mio! ¿dónde he visto una cara como la suya?

Despues de algunos minutos de reflexion, el anciano todavía pensativo entró en un cuarto que daba al patio: sentóse en un rincon y pasó revista á una multitud de semblantes en los cuales no había pensado jamás.

—No, dijo despues de un breve instante, meneando la cabeza, es necesario que esto sea un sueño de mi exaltada imaginacion.

Entregóse de nuevo á sus recuerdos: todas aquellas imágenes que había evocado en su mente no era fácil desecharlas tan pronto; volvía á ver las facciones de sus amigos y enemigos de otros que le eran casi extraños; los rostros alegres de hermosas jóvenes ó de mujeres ancianas; de personas que habían fallecido ya, pero que el recuerdo, que triunfa de la muerte, se las representaba con toda la exactitud de la realidad; veíalas con sus ojos brillantes, con sus encantadoras sonrisas que hacen radiar el alma, por decirlo así, á través de la materialidad del cuerpo; recuerdos que nos hacen soñar con la belleza espiritual que sobrevive á la muerte, mas radiante que la belleza terrestre; imágenes que se nos aparecen para alumbrar dulcemente el camino que conduce al paraíso.

Sin embargo, el anciano no pudo encontrar entre todas esas figuras el retrato de Oliverio. Los recuerdos que había evocado le hicieron exhalar un profundo suspiro; mas afortunadamente para él, se distrajo por completo, emprendió de nuevo su lectura y olvidó todo lo demás.

A los pocos momentos la suspendió otra vez, porque el carcelero, dándole un golpe en la espalda, le suplicó que le siguiera. El anciano cerró en seguida el libro, y fué introducido en la sala en donde administraba justicia el imponente y célebre señor Fang.

Esta sala de audiencia daba á la calle; en el fondo estaba sentado el señor Fang, detrás de una pequeña balaustrada, y cerca de la puerta, en un banquillo de madera, estaba ya el pobre Oliverio, temblando ante la gravedad de esta escena.

El señor Fang era de mediana estatura y casi calvo; los pocos cabellos que le quedaban le cubrían la parte de detrás y los lados de la cabeza, la expresion de sus facciones era dura, y sus megillas muy coloradas.

El anciano le saludó respetuosamente, y adelantándose hasta la mesa, le dijo entregándole su tarjeta:

—Hé aquí mi nombre y mis señas, caballero.
Y retrocediendo dos ó tres pasos, saludó de nuevo, esperando á que se le dirigiera la palabra.

Daba la casualidad que el señor Fang se encontraba gravemente ocupado en aquel momento, leyendo un diario de la mañana, en el cual se daba cuenta de una sentencia que él había recientemente publicado, y en donde se le recomendaba por la centésima vez á la atencion particular del secretario de Estado. Esta lectura llevaba á su imaginacion muy lejos de allí, y por esto levantó los ojos con mal humor.

—¿Quién sois vos? preguntó.
El anciano, sorprendido con esta pregunta, señaló con

el dedo la tarjeta que había dejado encima de la mesa.

—Oficial de policía, ¿quién es ese individuo? dijo el señor Fang, poniendo á un lado desdeñosamente la tarjeta y el diario.

—Mi nombre, dijo el anciano reprimiéndose, mi nombre, caballero, es Brunlow; permitidme que á la vez pregunte el nombre del juez que, escudado por la ley, insulta gratuitamente y sin ninguna provocacion á un hombre respetable.

Y al propio tiempo el señor Brunlow parecía volver sus ojos al rededor de la sala para buscar alguien que contestara á su pregunta.

—¿Oficial de policía! replicó el señor Fang, ¿de qué está acusado este individuo?

—No está acusado de nada, señor magistrado, contestó el oficial; comparece en queja contra ese muchacho.

Esto lo sabía ya el señor Fang; mas era un buen medio de fastidiar el prójimo impunemente.

—Comparece contra este muchacho, ¿no es verdad? dijo Fang examinando desdeñosamente al señor Brunlow de piés á cabeza. Hacedle prestar juramento.

—Antes de prestar juramento, permitidme decir algunas palabras, replicó Brunlow; si no lo hubiese presenciado, jamás hubiera podido creer que...

—Callad, caballero, dijo con tono imperativo el señor Fang.

—No, señor, contestó Brunlow.

—Callad al instante, ó de lo contrario os hago salir de la audiencia, dijo el señor Fang. Sois insolente al atreveros á insultar á un magistrado.

—¿Cómo! exclamó el anciano temblando de cólera.

—¡Haced prestar juramento á este hombre! dijo Fang al escribano. No quiero oír ni una palabra mas. Hacedle prestar juramento.

La indignacion de Brunlow había llegado á su colmo; mas reflexionó que excediéndose podía perjudicar á Oliverio, y así se contuvo y prestó juramento sin replicar.

—Veamos, dijo el señor Fang, ¿de qué se acusa á este muchacho? ¿qué teneis que decir, caballero?

—Estaba en la tienda de un librero... empezó Brunlow.

—Callaos, repuso el señor Fang. ¿Agente de policía! ¿Dónde está el agente de policía? Vamos, que preste juramento. ¿De qué se le acusa, agente?

Este declaró con tono humilde y sumiso que él había arrestado al muchacho, que le había registrado sin encontrarle nada encima, y que no sabía nada mas.

—¿Hay testigos? preguntó el señor Fang.

—No, señor, respondió el agente de policía.

El señor Fang guardó silencio durante algunos minutos; despues, volviéndose hácia Brunlow, dijo con acento de enojo:

—¿Quereis formular, si ó no, la acusacion contra ese muchacho? Habeis prestado juramento; si ahora rehusais dar pruebas, os castigaré por haber faltado al respecto á la autoridad; os castigaré en nombre de...

No se pudo oír el nombre, pues en aquel momento el escribano y el carcelero tosieron fuerte, y el primero dejó caer un grueso libro, efecto sin duda de la casualidad, para impedir que se entendiera el final de la frase.

A pesar de las interrupciones y de los insultos dirigidos por el señor Fang, Brunlow intentó narrar el hecho, haciendo observar que, sorprendido en aquel momento, corrió tras el muchacho, solo porque había visto que huía, y que por lo mismo esperaba que en el caso de que el juez tuviera que juzgar á Oliverio, lo hiciese no como ladron, sino como cómplice de ladrones, tratándole con toda la dulzura que le permitiera la justicia.

—Por otra parte, este muchacho está herido, dijo al concluir, y yo temo, añadió con energia mirando á Oliverio, yo temo que está poniéndose malo.

—¡Oh! sin duda; esto no hay que decirlo, contestó el señor Fang con tono zumbon. Vamos, tunante, tú no tienes ninguna malicia. ¿Cómo te llamas?

Oliverio intentó contestar; pero le faltó la voz; estaba pálido como la muerte, y le parecía que la sala daba vueltas á su alrededor.

—Tu nombre, bribon, dijo el señor Fang con voz ronca; oficial, ¿cuál es su nombre?

Estas palabras se dirigian á un hombre grueso que estaba cerca de la barra, el cual se volvió hácia Oliverio y repitió la pregunta; mas viendo que el muchacho no estaba en disposicion de contestar, y temiendo que su silencio no haría mas que exasperar al juez haciendo que la sentencia fuese mas severa, contestó:

—Ha dicho que se llama Tom White, señor.

—Rehusa hablar, ¿no es verdad? dijo Fang; bien, muy bien. ¿Dónde vive?

—Donde puede, señor magistrado, contestó el oficial de policía, como si transmitiera lo que respondía Oliverio.

—¿Tiene padres? preguntó Fang.

—Dice que le faltan desde muy niño, señor, repuso el oficial.

Aquí llegaba el interrogatorio, cuando Oliverio levantó la cabeza, y lanzando una mirada suplicante á su alrededor, pidió con voz débil un vaso de agua.

—¡Eh, necio! exclamó Fang, no trates ahora de engañarme con tus gazmoñerías.

—Yo creo que verdaderamente está malo, señor juez, objetó el oficial de policía.

—Ya sé á qué atenerme sobre esto, replicó Fang.

—Sostenedle, dijo el anciano al agente alargando las manos instintivamente; va á caer.

—Dejadle, oficial de policía, gritó Fang brutalmente; si cae, será porque está fingiendo.

Oliverio, como si aprovechase el permiso, cayó cuan largo era al suelo, sin sentido. Los agentes se miraban

unos á otros, sin que ninguno se atreviera á socorrer al muchacho.

—Yo sé bien que está fingiendo, dijo el señor Fang, como si aquel accidente fuera una prueba de ello; dejadle en el suelo; pronto tendrá que levantarse.

—¿Qué resolucion quereis tomar, señor? preguntó el escribano en voz baja.

—Quiero condenarle sumariamente á tres meses de prision, respondió Fang, con trabajo forzado, bien entendido. Haced despejar la sala.

Se acababa de abrir la puerta, y dos hombres se preparaban para llevarse á Oliverio desvanecido, cuando un individuo de cierta edad, de aspecto humilde, con una levita negra bastante usada, entró en la sala y se acercó á la barra.

—¡Deteneos, deteneos! no os lo lleveis, dijo el recién venido, falto de aliento; por el amor de Dios, atended un momento.

Los hombres que presiden los tribunales de esta clase, ejercen una autoridad arbitraria é inmediata sobre la libertad, la reputacion, el carácter y hasta la vida misma de los súbditos de Su Majestad, y ocurren delante de ellos cotidianamente escenas capaces de arrancar lágrimas á los mismos ángeles, no conociendo el público sus detalles mas que por los periódicos. Así podemos deducir lo irritado que estaria Fang al ver entrar á aquel desconocido sin su permiso, y de una manera tan poco respetuosa.

—¿Qué es esto? ¿quién es ese hombre? Echadle á la calle, gritó el juez. Desocupad la sala.

—Yo quiero hablar, dijo el recién venido; no quiero salir. Yo lo he visto todo. Soy librero, y deseo que se me escuche: no lo podeis rehusar; es necesario que me escuchéis, señor Fang. Vos no me desecharéis.

Aquel hombre estaba en su derecho: tenía el aire resuelto y determinado, y la cosa presentaba un aspecto demasiado grave para ser tratada con ligereza.

—Dejad paso á ese hombre, murmuró Fang de mala gana. Vamos á ver, ¿qué teneis que decir?

—Escuchad, dijo el librero. He visto tres muchachos, este que está detenido, y dos mas que miraban desde el otro lado de la calle, mientras que este caballero leía. Es uno de los otros dos el que ha cometido el robo; yo lo he visto con mis propios ojos, y he visto asimismo el espanto y estupefaccion de este que está aquí.

Hablando así, el honrado librero tomó aliento, y pudo contar detalladamente todas las circunstancias del robo.

—¿Por qué no habeis venido en seguida? dijo Fang, despues de un momento de silencio.

—No tenía nadie para guardar mi tienda, repuso el librero: todos mis dependientes habían salido á perseguir al ladron; no hace mas que unos cinco minutos que he encontrado uno, y he venido corriendo.

—¿Decís que el acusador se disponia á leer? preguntó Fang despues de otra pausa.

—Sí, repuso el testigo, el libro que todavía tiene en la mano.

—¡Ah, ah! ¿este libro? dijo Fang, ¿lo ha pagado?

—Todavía no, respondió el librero sonriendo.

—En efecto, me había olvidado, amigo mio, exclamó ingenuamente el anciano con aire distraido.

—Hé aquí un excelente acusador, para venir á pedir justicia contra un pobre muchacho, dijo Fang con aire cómico y presuntuoso. Yo creo, caballero, que os habeis quedado con este libro de una manera reprehensible, por no decir otra cosa, y es fortuna para vos que el librero no quiera perseguiros por el hecho: sirvaos esto de leccion, caballero, pues de lo contrario caerá la ley sobre vuestra cabeza. Levanto la sentencia pronunciada contra este muchacho. Despejad la sala.

—¡Voto á tal! gritó el anciano, dando libre curso á su cólera contenida por tanto tiempo. ¡Voto á tal! yo quiero...

—¡Despejad la sala! repitió el magistrado. Oficial de policía, ¿me entendeis? haced despejar la sala.

Ejecutóse aquella órden, y Brunlow tuvo que salir fuera llevando su libro en la mano, el baston en la otra, y poseído de la mas violenta cólera. Llegó á la calle y se calmó poco á poco. Oliverio Twist estaba tendido en el suelo, con la camisa abierta y las sienes bañadas de frio sudor, pálido como la muerte, y agitados sus miembros por un temblor convulsivo.

—¡Pobre muchacho, pobre muchacho! dijo Brunlow acercándose á Oliverio; es necesario buscar un coche pronto.

Hizose acercar un coche; Oliverio fué colocado en uno de sus asientos, y el anciano se sentó en el otro.

—¿Quereis que os acompañe? preguntó el librero.

—Con mucho gusto, amigo mio, dijo Brunlow. Seria fácil que de nuevo os olvidara. Debo aun el importe de este maldito libro: subid. ¡Pobre muchacho! no hay que perder un solo minuto.

El librero subió al coche, y este emprendió la marcha.

XII.

El coche partió hácia Mount Pleasant y subió por Exmouth street, tomando así poco mas ó menos la misma direccion que Oliverio había seguido el dia de su llegada á Londres, acompañado del *Truhan*. Al llegar á Islington, cerca de la hosteria del Angel, tomó otra direccion, parándose por fin á la puerta de una hermosa casa, de Pentonville, en una calle tranquila y retirada. Se preparó sobre la marcha una cama en la cual Brunlow hizo acostar á su jóven protegido, dispensándole con

paternal solicitud los mayores cuidados y atenciones.

Durante muchos días el pobre Oliverio permaneció insensible á todos los desvelos de sus nuevos amigos; muchas veces el sol salió y descendió á su ocaso, y el muchacho seguía tendido en el lecho del dolor, abatido por una fiebre que le devoraba á la manera que un ácido sutil penetra y roe el hierro mas duro. Desencajado, pálido y flaco, despertó por fin de aquel sueño penoso y prolongado. Incorporóse con trabajo en su lecho, y apoyando la cabeza sobre su brazo tembloroso, miró con inquietud á su alrededor.

— ¿Dónde estoy? ¿dónde me han conducido? dijo.

Débil como estaba, y aunque pronunció estas palabras con voz casi imperceptible, fueron oídas al momento, puesto que se corrió la cortina de la cama en aquel instante, y una señora de edad, de porte sencillo y decente, se levantó de una butaca en la cual estaba recostada.

— No hables, hijo mio, dijo con dulzura á Oliverio; es necesario estar bien quieto, el médico te reñiría; tú has estado muy malo, tan malo como se puede llegar á estar; acuéstate, queridito mio.

Al mismo tiempo acariciaba dulcemente la cabeza de Oliverio, separándole los cabellos que caían sobre sus ojos, y le miraba con tanta solicitud y ternura, que aquel no pudo menos de coger con su mano descarnada la de la anciana y pasarla alrededor de su cuello.

— ¡Dios mio! ¡qué agradecido es este pobre niño! dijo la anciana con lágrimas en los ojos. ¡Pobre niño! ¡Qué placer experimentar su madre, si despues de haberle velado como yo, le contemplara en el estado en que ahora le veo!

— Tal vez ella me ve, murmuró Oliverio cruzando las manos, tal vez ha velado cerca de mí, señora; me parece que está allá.

— Esto es efecto de la fiebre, hijo mio, dijo aquella buena señora con tono afectuoso.

— Es probable, contestó Oliverio con aire pensativo: el cielo está muy lejos, y es allá uno demasiado feliz para bajar hasta la cama de un niño; mas si ella ha sabido que yo estaba gravemente enfermo, me habrá compadecido mucho: ¡ella sufrió tanto antes de morir! No, ella no puede saber lo que me está sucediendo, añadió Oliverio despues de un momento de silencio, puesto que si me hubiese visto abatido, hubiera estado triste, y en mis sueños se me ha representado con cara alegre y risueña.

La anciana no contestó nada, limpió sus anteojos que estaban encima de la cama, dió á Oliverio una bebida refrescante, y pasándole afectuosamente la mano por la mejilla, encargóle que estuviera abrigado y tranquilo, para no recaer en su enfermedad.

Oliverio no replicó, porque se proponía obedecer de corazón á la anciana, y á decir verdad, también porque las palabras que acababa de pronunciar habían agotado sus fuerzas. Se durmió dulcemente, y fué despertado por la luz de una bugía que alumbró de repente su cama, dejándole ver un caballero que llevaba un grueso reló en la mano, y que tomándole el pulso, declaró que le encontraba mucho mejor.

— Os hallais mucho mejor, ¿no es verdad, amigo mio? dijo á Oliverio.

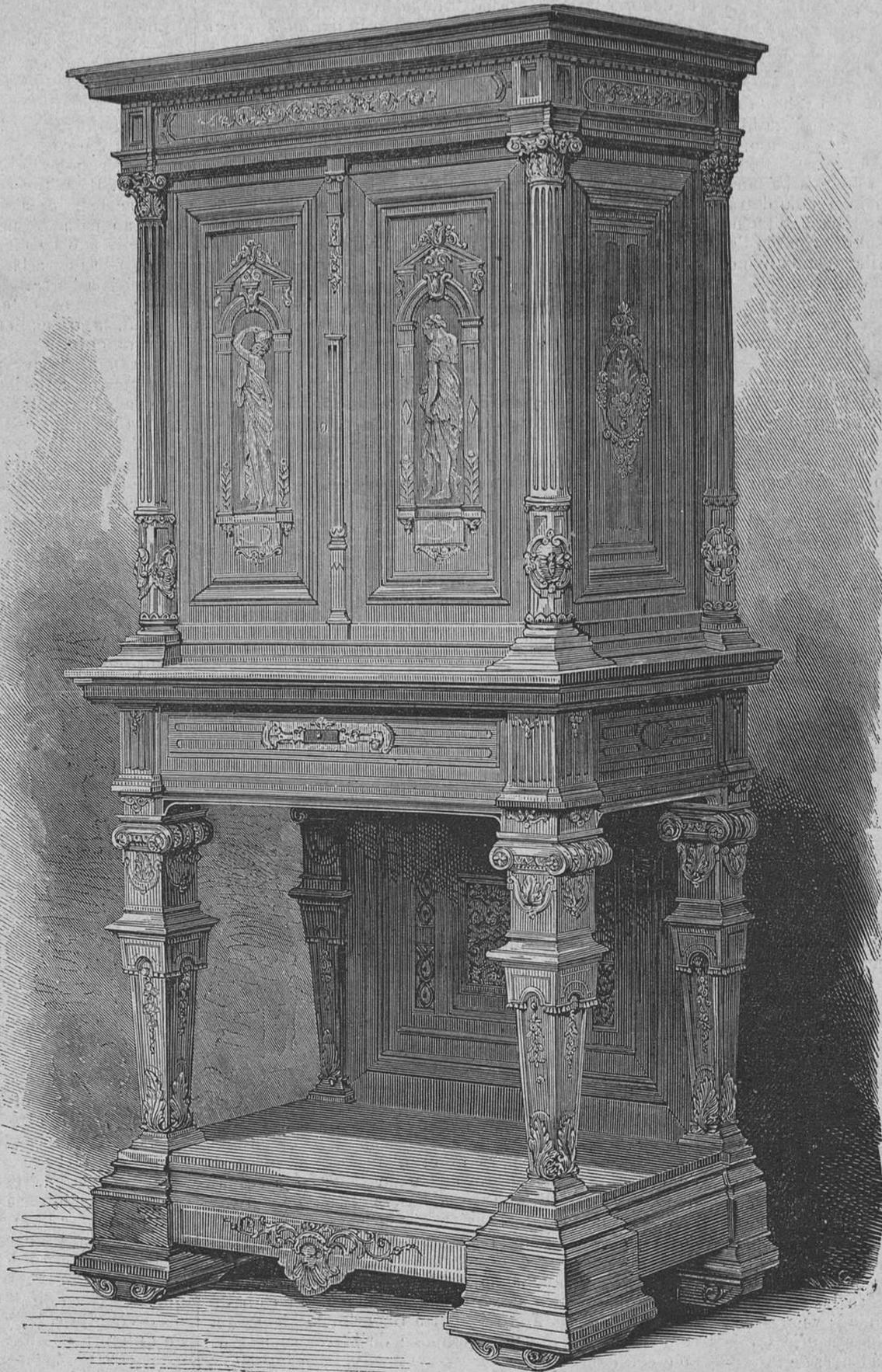
— Sí, señor, gracias, contestó este.

— Ya sabia que seguiais bien, dijo el caballero. Teneis hambre, ¿no es verdad?

— No, señor, repuso Oliverio.

— ¡Hem! murmuró el doctor. No, yo sabia bien que no teniais hambre. No tiene hambre, señora Bedwin, añadió con tono sentencioso.

La anciana hizo una señal de respeto con la cabeza, pareciendo significar que ella miraba al doctor como muy sabio; este tenia formada de sí mismo la propia opinion.



EXPOSICION UNIVERSAL. — Mueble del estilo del renacimiento, de peral natural.

— Teneis sueño, ¿no es verdad, amigo mio? le dijo doctor.

— No, señor, respondió Oliverio.

— ¿No teneis sueño? repuso el doctor con aire satisfecho: y tampoco debeis tener sed, ¿es cierto?

— Sí, señor, tengo mucha, dijo Oliverio.

— Hé aquí justamente en lo que queria fijarme, señora Bedwin, añadió el doctor. Es natural que tenga sed, pero esto no importa. Podeis darle un poco de té ó bien agua de pan. No le tengais demasiado abrigado, pero cuidad de la misma manera que no se enfríe. ¿Me dispensareis este favor?

La anciana hizo un profundo saludo, y el doctor, despues de haber probado la bebida y apreciado sus cualidades, salió como un hombre atareado, bajando la escalera de prisa y haciendo mucho ruido con las botas con aire de importancia.

Oliverio se aletargó de nuevo, y cuando se despejó su cabeza, era cerca de media noche. La anciana le dió con afecto las buenas noches, confiándole á los cuidados de una mujer gruesa que acababa de entrar en el cuarto, llevando en la mano un librito de oraciones y un gorro de dormir. Dejando aquel sobre la mesa, púsose el gorro, y despues de haber manifestado á Oliverio que ella quedaba velando, sentóse cerca del brasero y comenzó á dormitar sobresaltándose con frecuencia y volviéndose á dormir de nuevo.

La noche pasó así poco á poco. Oliverio estuvo algun tiempo despierto ocupado en contar los pequeños círculos luminosos que los cristales proyectaban en el techo, ó examinando el dibujo complicado que adornaba las paredes.

Al amanecer, el silencio que reinaba en aquel cuarto

miraba con atencion un retrato colgado en la pared enfrente de él.

— No lo sé, señora, dijo Oliverio sin quitar los ojos de aquel lienzo; he visto muy pocos, y nada entiendo en ello; pero ¡qué hermoso y qué simpático es el rostro de esa señora!

— ¡Ah! hijo mio, los pintores embellecen siempre las mujeres, sin lo cual perderian todo su mérito. El hombre que inventara un aparato para poder sacar con exactitud la semejanza, es probable que no tendria nada que hacer; esto es cierto, muy cierto, repitió la anciana sonriendo de su malicia.

— Este que está aquí ¿se parece á alguien, señora? preguntó Oliverio.

— Sí, dijo la anciana, dejando un momento de mirar el caldo; es un retrato.

— ¿De quién, señora? repuso Oliverio con marcado interés.

— En verdad yo no lo sé, contestó resueltamente la anciana; supongo que será de alguna persona que ni vos ni yo hemos conocido. Parece que os llama mucho la atencion, hijo mio.

— ¡Es tan hermoso, tan bello! replicó Oliverio.

— No creo que os dé miedo, dijo la anciana, observando el aire de profundo respeto con que el niño contemplaba el retrato.

— ¡Oh! no, no; pero sus ojos tristes parecen estar fijos sobre mí. El corazón me late fuertemente, añadió Oliverio en voz baja, como si esa señora quisiera hablarle y no pudiera.

(Se continuará.)